

Jesucristo ideal del monje
Conferencias espirituales sobre la vida monástica
y religiosa
Dom Columba Marmiom O.S.B.

XII

EL BIEN DE LA OBEDIENCIA

LA EXPRESIÓN PRÁCTICA DE LA HUMILDAD ES PARA
EL MONJE LA OBEDIENCIA

EL fundamento de la vida espiritual, según hemos visto en san Benito y santo Tomás, lo constituye, en cierta manera, la humildad, ya que esta virtud es la disposición necesaria y previa para que se establezca en el alma el estado de caridad perfecta. Llegará pronto al perfecto amor de Dios» (1).

Pero, como san Benito lo demuestra, la expresión práctica de la humildad es para el monje la obediencia. Cuando el alma está impregnada de reverencia para con Dios, se somete de buen grado a Dios y a quienes le representan, por cumplir en todo su voluntad: «La humildad propiamente mira a la reverencia por la cual el hombre se somete a Dios... en atención al cual se humilla para someterse a otros» (2). En esto consiste precisamente la obediencia. Esta virtud es el fruto y la corona de la humildad (3). «La obediencia, decía el Padre eterno a santa Catalina de Sena, es la nodriza que alimenta a la humildad; y sólo

(1) Regla, cap. VII.

(2) Santo Tomás, II-II, q. CLXI; a. 3; a. 1 ad 5.

(3) «La consideración de las perfecciones de Dios es inseparable de la de sus derechos. Y siendo ello así, ¿no es justo que, si Dios ejerce sus derechos imponiendo leyes, le corresponda el hombre sometiéndose con una sumisión activa? Será, pues, la obediencia hija primogénita de la humildad, que tendrá por misión imponernos la sumisión, no sólo a Dios, sino a los superiores y a los sucesos, en cuanto en ellos reconocemos un reflejo de las perfecciones y de los inalienables derechos del Creador.» Dom LOTTIN, *L'âme du culte, la vertu de religion*, página 44.

se es verdadero obediente siendo de veras humilde, y viceversa... La humildad es inseparable de la obediencia; ésta procede de aquélla y moriría de inanición si no fuese nutrida por ella... La obediencia no puede vivir en un alma en que no se encuentre esta hermosa virtud de la humildad» (4).

La obediencia, entendida así, es la que acaba de apartar los obstáculos que se oponen a la divina unión. La pobreza nos desembaraza de los peligros de los bienes terrenales. La «conversión de costumbres» reprime las tendencias de la concupiscencia y tiende a eliminar, en general, todo lo que sea imperfección. La humildad, ahondando más, refrena la propia estima en lo que tiene de desordenado. Sin embargo, queda algo más que inmolar, y es la propia voluntad, el reducto del «yo»; pero abatido éste por medio de la obediencia, nada queda ya por ofender: el alma lo ha dado todo; Dios puede en adelante ejercer en ella su acción en toda su plenitud, sin obstáculos de ningún género.

Por la perfecta obediencia, el hombre vive en la verdad de su deber y de su condición; por eso es una virtud fundamental sumamente agradable a Dios. Teniendo Dios la plenitud del ser, sin necesidad de nada ni de nadie, creó libérrimamente al hombre, por amor. De este hecho primordial derivan nuestras relaciones con Él y nuestra dependencia absoluta como criaturas, porque «en Él tenemos la vida, el movimiento y el ser» (5). Por consiguiente: no reconocer esta condición de absoluta dependencia de Dios sería rebelarnos contra la ley eterna. Del fondo de la criatura brota esta exclamación: «Venid, adorémosle» (6). ¿Y por qué? «Porque es nuestro Dios y creador.» Como criaturas racionales debemos manifestar nuestra dependencia por actos de adoración y sometiéndonos por obediencia. Esta obediencia la vemos reclamar por Dios en toda la historia del linaje humano, en cada página de la Biblia. Los grandes santos del Antiguo Testamento resplandecían por esta obediencia; todos repetían como Abra-

(4) *Diálogo*, t. II. Todos saben que el *Diálogo* encierra todo un admirable tratado acerca de la *obediencia*. Léanse sobre todo las páginas en que la santa refiere, en términos elocuentísimos, el elogio de la obediencia que escuchó en sus coloquios con el Padre eterno.

(5) Hech., XVII, 28.

(6) Salmo XCIV, 6 y 7.

ham, el padre de los creyentes: «Heme aquí» (7). Jesucristo aparece en la tierra para hacernos hijos de Dios; desde ese momento nuestra obediencia adquiere un aspecto distinto: es una obediencia llena de amor sin que este sello especial la despoje de su carácter fundamentalmente humilde y rebosante de religiosa reverencia.

Si la obediencia es sumamente grata a Dios, no es menos provechosa al alma. Es Dios dueño absoluto en un alma que obedece; reina en ella como señor, pero como señor que la colma de gracias y beneficios.

La obediencia es pronunciada en último término en nuestra fórmula de profesión monástica; con todo, es el voto de más preeminencia. Estudiemos dónde tiene, pues, su origen; cuál sea su naturaleza, de qué calidades ha de revestirse y de qué desviaciones hay que preservarla.

1. CRISTO CONDUCE DE NUEVO LA HUMANIDAD AL PADRE POR SU OBEDIENCIA; EL CRISTIANO DEBE ASOCIARSE A ESTA OBEDIENCIA PARA LLEGAR A DIOS

La obediencia nos es tan necesaria a los monjes porque resume todos los medios que tenemos de buscar a Dios. Por este solo fin venimos al monasterio y en él permanecemos: «buscar a Dios» y tender a Él con todos los esfuerzos de nuestra vida, siguiendo a Jesucristo, único conductor de la humanidad al Padre: «Yo soy el camino: nadie llega al Padre sino por mí» (8). Esta obra de gigante la ejecuta por la obediencia, cuya senda también nosotros debemos recorrer.

Contemplemos por unos momentos a Jesucristo, el modelo perfecto de santidad: «Tú sólo santo, Jesucristo» (9), y veremos que la primera disposición de su alma santísima, que las agrupa todas, es una obediencia amorosa al Padre.

Esto lo enseña explícitamente san Pablo, revelándonos el secreto divino encubierto a los otros Apóstoles, el primer movimiento del corazón de Cristo. Se encarna el Verbo para glorificar a su Padre y salvar a la humanidad

(7) Gén., XXII, 1, 11.

(8) Juan, XIV, 6.

(9) Gloria de la Misa.

mediante su gracia. Y, ¿cuál es la disposición fundamental que caracterizará toda su obra? La obediencia: «Al entrar en el mundo, dice: «Heme aquí, oh Dios, para cumplir tu voluntad» (10). El alma de Jesús contempla las divinas perfecciones, la soberanía infinita de Dios, la majestad de su ser; y en un acto de profunda reverencia, de adoración y dependencia, se abandona toda entera al cumplimiento de la voluntad de su Padre eterno. Este acto de obediencia plena y perfecta, por el cual aceptaba el doloroso programa de su vida, de los sufrimientos, humillaciones y dolores de su pasión y muerte, es el primer acto que ha realizado, y con él compromete y resume de antemano toda su existencia.

Tras este primer acto, le vemos «lanzarse a la carrera, como gigante» (11), por el camino que el Padre le ha trazado. En ese camino todo está ordenado por la obediencia y todo procede de esta primera donación que ya jamás retirará el Salvador. Dirá que no ha venido a cumplir «su voluntad, sino la del Padre que le envió» (12); y la obediencia constituye de tal manera el fondo de su vida que la llama su alimento: «Mi manjar es hacer la voluntad de Aquel que me envió» (13). Durante treinta años obedece a dos criaturas, María y José: «Les estaba sometido» (14). A pesar de la trascendencia de su divinidad y de ser el supremo legislador, no sujeto a las leyes, ¿qué dice Jesucristo? Que «no pasará ni una jota ni un ápice de la ley sin cumplirla» (15). Y, efectivamente, le vemos en todo pendiente de la voluntad del Padre: «Siempre hago lo que le agrada» (16), y acepta resignadamente la pasión, porque ésta es la voluntad paterna: «Como me lo ordenó el Padre, así lo hago» (17).

Y es de ver cómo en sus sufrimientos es donde más expresivamente se manifiesta su obediencia. Durante la terrible agonía de tres horas, la parte sensible de su ser se llena de terror ante el cáliz de amargura: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz»; pero su voluntad se somete a las

(10) Hebr., X, 5, 7.

(11) Salmo XVIII, 6.

(12) Juan, VI, 38.

(13) Ibid., IV, 34.

(14) Luc., II, 51.

(15) Mat., V, 18.

(16) Juan, VIII, 29.

(17) Ibid., XIV, 31.

disposiciones divinas: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (18). Le arrestan como si fuera un malhechor; podría fácilmente librarse de sus enemigos, a quienes postra a sus pies con una sola palabra; podría rogar a su Padre que le enviara legiones de ángeles; pero quiere ante todo que «se cumpla la voluntad de su Padre, expresada en las divinas Escrituras» (19). Por esto se entrega a sus mortales enemigos. Obedece a Pilato, aunque pagano, porque representa la suprema autoridad (20); obedece a sus verdugos; y a punto de expirar, para dar cumplimiento a una profecía, exclama que tiene sed: «Después, sabiendo Jesús que todo se había cumplido, a fin de realizar la profecía, dijo: «Tengo sed» (21). Muere cuando todo se ha cumplido con una obediencia perfecta: «Dijo: Todo se ha cumplido, e inclinada la cabeza entregó su espíritu» (22). El «todo se ha cumplido» es la expresión más verdadera y adecuada de toda su vida de obediencia: como un eco del «Heme aquí» de la Encarnación. Son dos gritos de obediencia, y toda la vida terrenal de Jesucristo gira en torno de estos dos polos.

Ahora bien: nos enseña el Apóstol que, así como por la desobediencia de Adán nos hicimos todos pecadores, por la obediencia de Jesucristo somos justificados y salvos. ¿Cuáles son los dos factores de la ruina y de la salvación del humano linaje? Una grave desobediencia y una obediencia heroica; así lo dice san Pablo, el heraldo de Cristo: «Pues, a la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituídos pecadores, así también, por la obediencia de uno solo, serán muchos constituídos justos» (23).

Esta obediencia de Cristo fué el medio ordenado por Dios y aceptado por Jesús para salvar al mundo y restituirle la herencia celestial; era una expiación de la desobediencia de Adán, nuestro primer padre; y nosotros vamos a Dios uniendo nuestra obediencia a la de Jesucristo, convertido en cabeza y caudillo nuestro. Todas las

(18) Luc., XXII, 42.

(19) Marc., XIV, 49.

(20) Juan, XIX, 11.

(21) Ibid., XIX, 28.

(22) Ibid., XIX, 30.

(23) Rom., V, 19.

consecuencias del pecado de Adán han recaído en nosotros porque fuimos solidarios de su culpa; tenemos asimismo parte en todas las bendiciones que dimanán del alma santísima de Cristo cuando participamos de su obediencia. Toda la economía del plan divino en la obra de nuestra santificación se reduce para nosotros a un estado de obediencia. Cuando el Padre envió su Hijo a la tierra, ¿qué dijo a los judíos? «He aquí a mi Hijo muy amado: oíd-le» (24). Como si dijera: «Haced lo que Él os ordene: obedecedle; es todo lo que os exijo para devolveros mi amistad». Por lo mismo, «dió todo su poder al Hijo» (25) y quiere que «todo le esté sometido» (26). El Padre glorifica al Hijo, constituyéndole jefe único del reino de la gracia y de la gloria: «Y yo he sido constituido Rey por Él, sobre Sión, su monte santo» (27); y nosotros nos apropiamos este designio de Dios mediante nuestra entera obediencia a Jesucristo.

Cristo abandonó la tierra y retornó al cielo. ¿Qué hizo para que podamos reconocerle como Jefe? Estableció la Iglesia y le traspasó sus poderes: «Se me ha dado todo poder en la tierra (28); en virtud de este poder, que el Padre me concedió y yo delego en vosotros, enseñad a todas las naciones a guardar mis preceptos. «Quien os escucha, a mí me escucha; y quien os desprecia, me desprecia a mí». La Iglesia está investida de la autoridad de Cristo; habla y legisla en nombre de Jesucristo; y la esencia del catolicismo consiste en la sumisión de la inteligencia a las enseñanzas de la Iglesia y en el acatamiento de la voluntad a la autoridad de Cristo ejercida por la misma Iglesia.

En esto está la diferencia entre católicos y protestantes más que en el número de verdades que admiten los unos y rechazan los otros: pues hay protestantes que aceptan materialmente casi todos nuestros dogmas, y, no obstante, son protestantes hasta la medula. La divergencia es más profunda y radical: estriba en la sumisión del entendimiento y de la voluntad a la autoridad viviente de la Iglesia, que enseña y gobierna en nombre de Cristo. El ca-

(24) Mat., XVII, 5.

(25) Juan, III, 35.

(26) Salmo VIII, 8.

(27) Ibid., II, 6.

(28) Mat., XXVIII, 18-20.

tólico acepta los dogmas y acomoda a ellos su conducta porque ve en la Iglesia y en su cabeza, el sumo Pontífice, a Cristo, en nombre del cual enseña y gobierna. El protestante admite tal o cual verdad, porque con su talento personal la descubre o se imagina encontrarla; proclamando el libre examen, no admite magisterio ajeno; examina la Biblia a la sola luz de la razón; selecciona en ella las verdades; dotado cada cual de la facultad de elegir, se considera sumo pontífice de sí mismo. Mientras el protestante *admite*, el católico *cree*: ve al mismo Cristo en la Iglesia, y cuando ésta habla se somete dócil y humildemente, como si fuera la persona de Cristo.

Recordemos la escena del Evangelio descrita por san Juan en el capítulo VI. Jesús habla a la multitud, a la cual había alimentado milagrosamente el día antes, y le anuncia el pan eucarístico: «Yo soy el pan de vida, descendido del cielo; el que lo come vive perennemente». Mas el auditorio se divide en dos grupos. Unos quieren razonar: son los protestantes. «¿Cómo sucederá esto?» Pero Jesús no atiende a esas razones, y lejos de explicar sus palabras se reafirma con más insistencia: «En verdad os digo: quien no come mi carne y no bebe mi sangre no alcanzará la vida eterna». Se les hace «incomprensible este lenguaje», y abandonan a Jesús. Otro grupo hay, formado por los Apóstoles; no entienden mejor las palabras de Cristo, pero tienen fe en lo que dice, permanecen adictos a Él y dispuestos a seguirle en todo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (29).

Tal es la actitud que conduce a la salvación: escuchar a Cristo, oír a la Iglesia, aceptar su doctrina, someterse a sus decisiones; quien la desprecia, desprecia a Cristo. Por eso los protestantes no forman parte del rebaño de Cristo (30): son ovejas sin pastor que se guían por su capricho; y porque no oyen la voz del Pastor, Cristo no las reconoce por suyas. «No sois ovejas de mi aprisco» (31).

La obediencia del entendimiento y de la voluntad es, pues, para el cristiano el camino de la salvación: «Quien os escucha, me escucha a mí (32); quien me sigue no

(29) Juan, VI, 41-69.

(30) Con la natural reserva respecto de aquellos que, de buena fe, pertenecen al alma de la Iglesia.

(31) Juan, X, 26.

(32) Luc., X, 16.

anda en tinieblas, sino que tiene luz de vida» (33). Somos hijos del Padre celestial si escuchamos a su Hijo Jesús y obedecemos en la tierra a Cristo en la persona de la Iglesia. Tal es la economía sobrenatural, establecida por Dios mismo; fuera de este camino de la obediencia inspirada en la fe no es posible la salvación. Esto enseñó el Padre eterno a santa Catalina de Sena cuando le decía que «nadie puede alcanzar la vida eterna si no es obediente. Sin la obediencia queda uno fuera porque es ella la llave que abre la puerta que la desobediencia de Adán tenía cerrada» (34).

2. TAMBIÉN PARA EL MONJE LA OBEDIENCIA ES EL CAMINO QUE LE LLEVA A DIOS

Si esto es tan cierto respecto del cristiano, *a fortiori* lo será para el monje. Jesucristo devuelve la humanidad al Padre por su obediencia; todo hombre debe unirse a Cristo obediente para encontrar a Dios. En esto, como en lo demás, Cristo no quiere obrar separadamente de su cuerpo místico; el cristiano debe participar de la obediencia y aceptarla en unión con su cabeza divina.

Tal es la doctrina de nuestro santo Legislador, que es la misma de Jesucristo y de san Pablo. Sus palabras son un eco fiel del Evangelio y de las enseñanzas del gran Apóstol. Desde el principio del *Prólogo* nos señala la meta: «volver a Dios». Nos indica también el medio: «por la *obediencia*», ya que por el vicio contrario nos habíamos alejado de Él. «A ti, pues — añade —, se dirige mi palabra, cualquiera que seas, que renunciando a tu propia voluntad por servir a Jesucristo, verdadero Rey y Señor, empuñas las fortísimas y brillantes armas de la obediencia.» San Benito no conoce más camino para ir a Dios que la unión con Jesucristo por la obediencia: «Estén los hermanos seguros de que por *esta vía de la obediencia* llegarán a Dios» (35).

El primer objeto de la obediencia es la ley natural y la cristiana. Antes que monjes debemos ser hombres

(33) Juan, VIII, 12.

(34) *Diálogo de la obediencia*, cap. I.

(35) Regla, cap. LXXI.

morales y cristianos perfectos. Como los simples fieles, nos sometemos a Cristo en la persona de la Iglesia. Pero nuestra sumisión va más allá. La obediencia del cristiano, aun imponiéndole sacrificios y deberes, le permite libremente disponer de su fortuna, ocupaciones, tiempo y actividades; sus obligaciones se limitan a la observancia del Decálogo y de los preceptos de la Iglesia, y a los deberes de su estado; Dios no le exige más a cambio de la gloria eterna: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (36).

Pero hay almas «que ninguna cosa aman tanto como a Jesucristo» (37), que se sienten llamadas por el amor a seguir más de cerca a Cristo para participar más íntimamente de su vida de obediencia, y ponen en práctica su consejo: «Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes; ven y sígueme» (38). Una luz más radiante las ilumina para mejor entender los divinos atributos, la excelencia de una vida perfecta, la completa imitación de Cristo. «Por amor de Dios» (39), por reportarle mayor gloria, quieren ligarse con una obediencia más estricta que la que obliga al simple fiel. Una infalible intuición sobrenatural les ha revelado que encontrarán para sí mayor santidad, mayor adoración y amor para Dios.

Con la profesión el monje se entrega totalmente a Jesucristo; no quiere que entre ambos haya el menor obstáculo que pueda menoscabar esta unión; quiere entregarle toda su persona y todos los detalles de su vida porque aspira a que su adoración y amor sean perfectos. Mientras mantengamos la ciudadela de la voluntad propia, no lo hemos dado todo a Dios; no podemos decir con verdad a nuestro Señor: «He aquí que todo lo hemos abandonado por seguirte» (40). Mas cuando nos damos enteramente por la obediencia, verificamos un acto supremo de adoración y amor a Dios. Hay, en efecto, en nosotros algo que es sagrado, aun para Dios. Dios dispone de nuestros bienes, de los seres que apreciamos, de nuestra salud, de nuestra existencia; es dueño absoluto de la vida y de la muerte; pero hay una cosa que respeta:

(36) Mat., XIX, 17.

(37) Regla, cap. V.

(38) Mat., XIX, 21.

(39) Regla, cap. VII.

(40) Mat., XIX, 27.

nuestra libertad. Desea infinitamente comunicarse a nosotros, empero la acción de su gracia la subordina a nuestro consentimiento: tan cierto es que nuestra libertad es soberana y nuestro máspreciado tesoro. Ahora bien: en la profesión religiosa, postrados ante el altar, le ofrecemos lo más estimable que tenemos y lo inmolamos por amor de Dios, este Isaac de nuestro corazón, que es la libertad, y con ella le damos el dominio pleno de nuestro ser y de nuestra actividad. No pudiendo inmolarnos por el martirio, que no está a nuestro alcance, lo hacemos en cuanto depende de nosotros por el voto de obediencia.

El sacrificio es inmenso y extraordinariamente agradable a Dios. «Dejar el mundo y renunciar a los bienes exteriores — dice el gran monje san Gregorio — es tal vez una cosa fácil; pero renunciarse a sí mismo, inmolarse lo que se tiene en más estima, la libertad, es un sacrificio mucho más arduo. Abandonar lo que uno *tiene* es poco, pero dejar lo que uno *es* constituye la donación suprema» (41). Sin esta donación, el sacrificio sería incompleto. «No lo abandona todo — decía otro gran monje — el que a sí mismo no se entrega; antes de nada le sirve dejarlo todo si se reserva a sí mismo» (42).

3. ELEVADO CONCEPTO QUE TIENE SAN BENITO DE LA OBEDIENCIA

Conviene insistir en que la donación que hacemos de nuestras personas en la profesión no nos obliga solamente a obedecer de una manera general, sino que hacemos voto de obediencia «según la Regla de san Benito» (43). Debemos, pues, conocer a fondo el concepto que el santo Patriarca tiene de la obediencia religiosa; porque hay muchas maneras de obedecer; y siendo esta virtud pri-

(41) «A veces no es muy costoso para el hombre el renunciar a lo suyo; pero lo es, y mucho más, renunciar a sí mismo. Ciertamente, es cosa pequeña sacrificar lo que tenemos, pero es cosa muy grande sacrificar lo que somos.» Homil. 32 sobre el Evang. P. L. LXXVI, 1233. Cf. santa Matilde, *Libro de la gracia especial*, IV parte, c. 18. *De cómo estrecha el Señor entre sus brazos a los que se consagran a la obediencia.*

(42) San Pedro Damiano, *In natale S. Benedicti*, P. L. CXLIV, 549.

(43) Ceremonial de la profesión monástica.

mordial en nuestra vida, una idea errónea de la misma podría desfigurar toda nuestra existencia monástica.

La primera concepción falsa de la obediencia, inaceptable para el religioso, consiste en considerar al superior como un hombre sabio, experto y prudente a quien se ha prometido consultar; por prudencia se acudirá a él para instruirse, para evitar errores. El superior tanto vale cuanto sabe; ni más ni menos; todo el valor de sus respuestas le viene de su ciencia personal. Es éste un modo de ver racionalista, acomodado al espíritu protestante; brilla en él por su ausencia el concepto de sumisión a Dios en la persona de un hombre. Basta exponerlo para condenarlo totalmente.

El sentido católico tampoco puede contentarse con una obediencia *puramente* exterior, como la de los militares. Aunque en cada caso particular el objeto inmediato de la obediencia sea exterior y la orden del superior no afecte a la intención, a la perfección de la virtud atañe el que el religioso procure vivificar el acto externo con una sumisión interna (44).

En la obediencia religiosa, tal como la entiende la santa Iglesia, hay distintas modalidades. No pretendemos en esto rebajar a otras órdenes religiosas, pues todas procuran la gloria de Dios y son gratas a la Iglesia, cuya aprobación tienen. Queremos solamente, por vía de comparación, hacer que resalte el carácter especial de la obediencia benedictina. En algunos institutos esta virtud tiene un aspecto marcadamente utilitario. Sin dejar de ser objeto de un voto y de una virtud, es un medio para alcanzar un fin particular prefijado por sus respectivas constituciones. Unos, por ejemplo, se proponen las misiones entre infieles; otros, la enseñanza; otro, la predicación. La obediencia contribuye a la realización de la obra particular a que están destinados. Los que forman parte de estas órdenes y generosamente aceptan la obediencia por amor de Dios, llegan seguros a la santidad, porque es la vocación a que fueron llamados.

Para san Benito, la obediencia no tiene este carácter «utilitario». Es intentada por sí misma, como un homenaje del alma a Dios, sin preocuparse de la obra material a

(44) Véase más adelante, § VIII y IX.

que está destinada. Si un postulante, al presentarse en el monasterio, dijese al abad: ¿Qué se hace aquí?, la respuesta sería: «Se busca a Dios, y se sigue a Cristo en su obediencia». Éste es el fin que se persigue. Ésta es la doctrina de nuestro bienaventurado Padre ya desde las primeras líneas del Prólogo de su Regla. El buscar a Dios, «si de veras busca a Dios» (45), he aquí el sello propio de la vocación benedictina; pero esta vocación es realizada sólo por la obediencia. San Benito escribe la Regla sólo para «aquellos que abrazan la obediencia para buscar a Dios» (46).

Al instituir el monaquismo, el gran Patriarca no pretendía crear una orden con tal o cual fin particular, con determinadas obras que realizar; no intentaba más que hacer de sus monjes cristianos perfectos; no deseó para ellos más que la plenitud del Cristianismo. Verdad es que, en el decurso de los siglos, los monasterios fueron faros brillantes de la civilización, mediante la predicación, los trabajos de ilustración, las escuelas monacales, el arte, las obras literarias; pero todo esto era una floración externa, una irradiación espontánea de la plenitud del Cristianismo de que estaban poseídos interiormente. Habiéndose consagrado a Dios se dedicaban al servicio de la Iglesia en todos los menesteres; pero ante todo *buscaban rendir* a Dios, por amor, el homenaje de todo su ser en la obediencia a un abad, a imitación de Jesucristo que al entrar en el mundo no se propuso sino cumplir la voluntad del Padre, y del modo que Él lo dispusiere: «He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad» (47).

¿Cómo conoce el monje la voluntad divina? Por la Regla y por el abad. A éste toca, siguiendo la Regla y la tradición, orientar la actividad del monasterio. Debiendo, según la expresión de nuestro bienaventurado Padre, gobernar «sabiamente» el monasterio, no podrá menos que utilizar para la gloria de Dios y el bien de la Iglesia y de la sociedad, los talentos de los monjes. Pero cada monje, por sí mismo, no puede determinarse; no ha venido al monasterio para ocuparse en tal o cual labor, para desempeñar el cargo que le acomode; entró en él para buscar a

(45) Regla, cap. LVIII.

(46) Prólogo de la Regla.

(47) Hebr., X, 7.

Dios por la obediencia; en esto consiste toda su perfección (48).

4. POR QUÉ LA DENOMINAN UN «BIEN» :
«BONUM OBEDIENTIAE»

Acaso diga alguno: ¡Vaya una necedad! ¿No es una locura el darse de esta forma? Sin duda lo es a los ojos de la razón humana, como lo es la misma vida monástica en conjunto: «Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura» (49).

Pero oigamos a san Pablo en su enérgico lenguaje: «El hombre animal — es decir, el que sólo se guía por la razón — no comprende las cosas de Dios» (50). «Lo que es una locura para el mundo, es sabiduría para Dios; la humana sabiduría es estulticia para el Señor, el cual ha confundido la sabiduría de este mundo con obras de locura divina» (51). Locura conceptúan los sabios del mundo, como también lo estimaban los filósofos griegos del tiempo del Apóstol, el que para rescatar la humanidad un Dios se haga hombre, viva durante treinta años bajo obediencia en humilde taller, se someta durante otros tres a las fatigas de la predicación, y muera finalmente en una cruz. Con todo, éste es el medio escogido por la Sabiduría eterna para salvar a la humanidad: una vida cuyo móvil es la obediencia llena de amor, una vida que se inicia y concluye en un acto de obediencia. Y esta obediencia tenía como objeto una existencia hecha de trabajo y de humillaciones profundas, y una muerte indeciblemente dolorosa. Pero gracias a ella fué rescatado el mundo, y continúa salvándose, y las almas vuelven a Dios y se santifican. Dios cifra su gloria en nuestra sumisión a un Crucificado y mediante ella nos da su gracia: «Seguros de que este camino de la obediencia lleva a Dios».

Ahora se comprenderá por qué nuestro santo Legislador llama a la obediencia un bien: *bonum obedientiae* (52). ¡Qué expresión tan significativa! ¿Acaso nos gusta na-

(48) Cfr. D. G. MORIN, *El ideal monástico*, c. II, La obediencia.

(49) Sap., V, 4.

(50) I Cor., II, 14.

(51) Cfr. *Ibid.*, I, 20-21.

(52) Regla, cap. LXXI.

turalmente obedecer? Todo lo contrario. Así, pues, ¿cómo podemos llamar a la obediencia un bien, una cosa que debemos ávidamente desear? Porque es el camino recorrido por Dios, y que nos conduce a la felicidad. Por la obediencia se nos da Dios. Cuando cumplimos su voluntad nos unimos a Él; por la obediencia abrazamos la voluntad divina; para nosotros esta voluntad es el mismo Dios, que se nos manifiesta como supremo Señor y al que prestamos adoración y amor. Venimos al monasterio a buscar a Dios, y porque la obediencia lo pone a nuestro alcance, ella es para nosotros un bien, un bien preciado, porque nos proporciona el único Bien (53).

Así, pues, el bienaventurado Padre nos persuade con preceptos y exhortaciones a adquirir este bien con la mayor abundancia posible. Quiere que lleguemos incluso a obedecernos mutuamente (54), sin andar de por medio las órdenes del superior; que obedezcamos aun en las cosas imposibles (55); que recordemos que nada puede hacerse sin orden del abad o de sus delegados (56), y que aun las mismas buenas obras, las mortificaciones que uno se impone, deben contar con el beneplácito del abad (57) para ser provechosas.

Tanta insistencia revela el convencimiento del gran Legislador de que a la santidad sólo se llega por el camino de la obediencia. Cuando el monje obedece en todo «por amor de Dios y en unión con Jesucristo» (58), llega a la cima de la perfección, pues, como ya hemos dicho, la acción divina no encuentra obstáculos en el alma que se entrega sin reservas a la obediencia; un alma así se halla totalmente abierta al influjo de la gracia. Dios, fuente de santidad, puede obrar en ella con la plenitud de su poder (59). Jesucristo reina en ella incontestablemente como dueño soberano de su vida y de su actividad. Entonces se verifica la unión perfecta, con abundancia de divinas comunicaciones: «El Señor me guía, nada me fal-

(53) Véase en el *Diálogo* de santa Catalina de Sena (*Tratado de la obediencia*, c. X) en qué infinita medida la obediencia es un «bien».

(54) Regla, cap. LXXI.

(55) *Ibid.*, cap. LXVIII.

(56) *Ibid.*, cap. LXXI.

(57) *Ibid.*, cap. XLIX.

(58) *Ibid.*, cap. VII.

(59) Véase al final de esta conferencia el texto de santa Teresa

tará» (60). Con razón llama, pues, san Benito a la obediencia «el bien del monje».

Ahora bien: cuando se trata de un bien espiritual, poco importa para conseguirlo practicar este o aquel acto con preferencia. Para san Benito, tanto vale una misión de lucimiento como el acto obscuro que sólo Dios conoce; ambos son materia sobre la cual se ejerce exteriormente la obediencia; pero lo esencial es la virtud, el homenaje que debemos a Dios con nuestra sumisión. Ciertamente que entre varias acciones hay distintos grados de valor intrínseco, sea por su naturaleza o por sus relaciones más o menos directas con la gloria de Dios; mas para nuestra perfección *personal* y nuestro *propio* progreso en la santidad, el mérito está en primer lugar en el grado de amor de que va investida nuestra obediencia. Consideremos al divino Salvador, que pasa treinta años en un humilde taller y sólo dedica tres al ministerio público; no obstante, aquellos años oscuros del retiro de Nazaret, ¿fueron menos agradables al Padre y fecundos para la salvación del mundo que los años de su vida pública? ¿Quién se atrevería a sostenerlo? Porque la obediencia al Padre fué lo que indujo a Jesús a pasar tantos años en la obscuridad, y su obediencia es la de un Dios.

Lo mismo nos sucede proporcionalmente a nosotros, ya que Cristo es nuestro modelo. La verdadera sabiduría, don del Espíritu Santo, consiste en obedecer, en rendir a Dios el homenaje de nuestra sumisión, cualquiera que sea la obra material que es objeto de la misma y por la cual se manifiesta. Por esto dice nuestro bienaventurado Padre que «los verdaderos monjes, aquellos que, inundados de luz divina, ambicionan sólo los bienes eternos» (61), los únicos verdaderos, «buscan» — fijémonos en que no dice san Benito «soportan» — la obediencia como un bien precioso: «anhelan que el abad les gobierne» (62); están acechando las ocasiones de obedecer porque les permiten dar al Señor las pruebas del amor más efectivo que puede concebirse (63).

(60) Salmo XXXII, 1.

(61) Regla, cap. V.

(62) Ibid.

(63) Déjase ver al instante en qué grado la obediencia tratada por san Benito se halla «impregnada de religión», y cómo es, a semejanza de la humildad, una virtud eminentemente religiosa. Cfr., más arriba,

5. CÓMO ESTA VIRTUD ES MEDIO INFALIBLE DE ADQUIRIR LA PERFECCIÓN

Tal es el elevado concepto que tiene san Benito de la obediencia; y nosotros, que prometimos seguir la Regla y vivir según su espíritu, debemos admitir esta concepción y esmerarnos en practicarla, por ser para nosotros el camino de la perfección. Uno de los aspectos característicos de la ascesis benedictina es que nuestro bienaventurado Padre no exige de nosotros para llevarnos a la santidad una lucha constante y minuciosa contra los defectos tomados individualmente, ni grandes asperezas corporales, ni mortificaciones rigurosas y continuas; precisamente sobre este particular nuestro bienaventurado Padre es muy discreto y mitigado: «No hemos de establecer nada duro ni pesado» (64). San Gregorio advierte que la Regla es «admirablemente discreta» (65). Pero el santo Legislador aspira ante todo — y en este punto sí que es extraordinariamente radical (66) — a despojar al hombre de cuanto se opone en él a la gracia y acción divina. En este sentido le exige un desprendimiento completo y absoluto por la

página 284. «El verdadero obediente — decía el Padre eterno a santa Catalina — mántiense de continuo *en ansias* de sumisión; incesantemente y sin descanso, cual música interior, *canta su deseo.*» *Díálogo*, t. II.

(64) Prólogo de la Regla.

(65) *Díálogo*, l. II, c. 36.

(66) «Aunque la norma de la moderación y de amoldarse a las circunstancias caracteriza a la santa Regla, sin embargo, cuando dicta a los monjes los deberes de la obediencia, muéstrase san Benito categórico, y en este punto perdería el tiempo quien quisiera buscar en la pluma del Legislador contemporizaciones o debilidades. La justa medida que hay que establecer en esta materia la deja san Benito a la prudencia del superior; para el monje no hay más recurso que obedecer y no murmurar... Este sistema categórico de concebir la obediencia... nos da el alcance del sentido cenobítico del ascetismo benedictino.» Dom I. RYELANDT, *Essai sur le caractère ou la physionomie morale de saint Benoît d'après sa Règle*, en *Revue liturgique et monastique*, 1921, pág. 208. «La obediencia monástica, tal como prescribe la Regla de san Benito, penetra hasta las más profundas fibras del alma y aplícase a destruir en su misma raíz la voluntad y el pleno juicio, lo que nos parece el más alto grado de la intimidad psicológica.» Dom M. FESTUGIÈRE, en *Revue benedictine*, 1912, pág. 491. En este sentido, ha podido decirse que la idea de la obediencia religiosa no ha hecho progreso alguno en su fondo sustancial, después de san Benito. Basta, para convencerse de ello, leer los capítulos V, VII (3.º y 4.º grados de humildad), XXXIII, LVIII, LXVIII, LXXI, etc., de la Regla.

pobreza y la humildad, virtud, esta última, que se manifiesta principalmente en una obediencia perfecta. Estas virtudes despojan al alma de sí misma, de cuanto le es propio, para someterla plenamente a la libre acción de Dios. Es éste uno de los caracteres particulares de la ascesis de san Benito. Sin dejar de aprovecharse de las mortificaciones personales para desarraigar los vicios del alma y volverla a Dios, insiste principalmente sobre la pobreza, la humildad y la obediencia. La entera sumisión al superior y a la Regla es el camino más seguro que conduce al monje a Dios, porque una sumisión de esta clase, constante, humilde, en todo momento y en todos los actos, como quiere el santo, cerrará todos los caminos a los malos hábitos y acabará por contrariarlos hasta su destrucción. La obediencia perfecta es para el monje el medio más seguro para purificarse profunda e íntimamente; y los que obedecen perfectamente, según el espíritu que requiere la Regla, se verán pronto libres de todos los obstáculos que les impiden el acceso a Dios, al paso que crecerá y fortalecerá en ellos la virtud y los hará más asequibles y dóciles a la acción del Espíritu Santo. ¿No es éste el fin que perseguimos al entrar en el monasterio? Del mismo modo todas las otras virtudes se acrecentarán, y se afirmará su marcha progresiva hacia la unión divina (67).

Es, pues, la obediencia en el monje el camino más seguro para la santidad. La llama santa Teresa «el camino que más presto lleva a la suma perfección», «hace más presto, o es el mayor medio que haya para llegar a este tan dichoso estado» — de la perfección (68) —. Cuando uno se ha desprendido totalmente de sí mismo por la obediencia recibe el Bien infinito con largueza inconmensura-

(67) Santa Matilde «vió cierto día el cortejo de las virtudes personificadas por vírgenes en pie ante el divino acatamiento. Una de ellas, más hermosa que sus hermanas, sostenía un cáliz de oro, en el cual las demás derramaban un licor aromático que la primera virgen ofrecía arrodillada ante el Señor. Maravillada de este espectáculo, ansiaba comprender su significación, cuando el Señor se dignó decirle: «Ésta es la obediencia; ella sola me sirve de beber, porque la obediencia contiene en sí misma las riquezas de todas las otras virtudes; el verdadero obediente ha de tener necesariamente el conjunto de todas las virtudes». Y a continuación, el Señor fué pasando en revista las diversas virtudes, demostrando cómo cada una se encuentra necesariamente en el perfecto obediente.» *Libro de la gracia especial*, parte I, c. 35.

(68) *Fundaciones*, c. V, 10 y 11.

ble. Jesucristo mismo lo dijo a la amante de su divino Corazón, santa Gertrudis. Al anochecer de un domingo de Ramos, mientras meditaba ella la acogida que los amigos de Jesús le habían dispensado en Betania, sintió en su pecho deseos de dar hospitalidad a Jesús en su corazón. De pronto se le aparece Jesús y le dice: «Heme aquí: ¿qué me darás? —Oh, seas bienvenido, respondió Gertrudis, salvador de mi alma, mi único tesoro. Mas, ¡ay de mí!, que nada tengo aderezado conforme a tu magnificencia; pero puedo ofrecerte todo mi ser, anhelando que dispongas en mí lo que sea más grato a tu Corazón. —Ya que tú me das esos poderes, replicó Jesús, lo haré; pero proporcióname la llave para poder entrar y disponer lo que necesito. —¿Qué llave es esa que buscas y debo darte?, interrogó la santa. —Es tu voluntad, respondió Jesús» (69). En esto comprendió la santa que Cristo se complace en el alma que se le entrega enteramente y nada reserva para sí; la llave que pide Jesús se la damos con la obediencia perfecta. Entonces Él se siente dueño del alma, porque lo es de su ciudadela, que es la libertad (70); y puede obrar como quiere porque el alma le está sometida en todo; y como Jesucristo desea en primer lugar nuestra santidad, un alma tan rendida y desprendida de su querer está en vías seguras de perfección.

Cuánta razón tiene, pues, nuestro bienaventurado Padre en insistir tanto sobre esta virtud. Esforcémonos en comprender el carácter especial que le atribuye. La obediencia es un homenaje de perfecta sumisión de todo nuestro ser a Dios; es un bien que constantemente debemos procurar, porque con eso alcanzamos el fin por el cual vinimos al monasterio: Dios. Si no perdemos jamás de vista este punto capital, nuestra obediencia será fácil, cualquiera que sea la orden recibida, y por ello obtendremos, con Dios, la paz del alma y la alegría que acompaña a la libertad del corazón.

(69) *El heraldo del amor divino*, l. IV, c. 23.

(70) En términos muy parecidos hablaba el Señor a santa Catalina de Siena: «Tengo puesta la obediencia como clave de todo el edificio; y realmente lo es». *Vida*, por RAIMUNDO DE CAPUA.

6. CUALIDADES QUE EXIGE SAN BENITO EN EL EJERCICIO DE ESTA VIRTUD: LA FE

Mas para que la obediencia sea para el monje un canal de la divina gracia, debe revestir ciertas cualidades; y nuestro bienaventurado Padre las detalla con visible complacencia, por tratarse de una virtud tan predilecta. ¿Cuáles son estas cualidades? Se pueden reducir a tres principales, de las que derivan las demás: debe la obediencia ser sobrenatural y confiada; y además proceder del amor. Es, pues, la obediencia una aplicación práctica de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Se observará que hablamos principalmente de las cualidades internas; y es que la obediencia, como la humildad, de la cual se deriva, reside esencialmente en el alma. Una vez analizadas las condiciones del ejercicio de esta virtud en su aspecto interno, procederemos a la explicación de su práctica externa y notaremos las cualidades que deben concurrir en la ejecución material de la obra mandada.

Primera cualidad de nuestra obediencia: ser sobrenatural, es decir, estar inspirada en el espíritu de fe: hay que obedecer al superior como si fuera el mismo Dios.

Nuestro santo Legislador insiste, y con razón, sobre este punto, que es capital: «Hay que creer — nos dice — que el abad representa a Cristo» (71). Subrayamos esta palabra «*creer*», que indica que la fe es el principio de nuestra sumisión. De ella hace proceder san Benito la prontitud en la obediencia. Conviene, dice, «obedecer sin tardanza» (72), y da la razón: «Con tanta puntualidad como si el mismo Dios lo ordenase» (73). Y es que, verdaderamente, la orden viene de Dios, como en seguida nos lo recuerda el santo Patriarca en las palabras de la Escritura: «El que a vosotros escucha, a mí me escucha». Insiste sobre esto; encarece que no olvidemos que «la obediencia prestada a los superiores, a Dios mismo la prestamos» (74).

(71) Regla, cap. II.

(72) Ibid., cap. V.

(73) Ibid.

(74) Ibid.

Rendimos al obedecer un homenaje a Dios y al orden sobrenatural que ha establecido para conducirnos a Él. Sus caminos no son como los nuestros. Lo hemos hecho notar más de una vez: particularmente desde la Encarnación obra en sus relaciones con nosotros por medio de los hombres. Lo vemos en los sacramentos, por los que recibimos la gracia acudiendo a los hombres establecidos por Jesucristo para conferirlos; lo vemos asimismo en el amor al prójimo, en el cual se manifiesta la sinceridad de nuestro amor a Dios. Lo mismo pasa con la obediencia. Esta economía divina es como una prolongación de la Encarnación. Desde que Dios se unió a la humanidad en la persona de su Hijo, se comunica regularmente a las almas por medio de los miembros de Jesucristo; y porque éste es el plan divino, aceptarlo es andar seguros por la vía de la salvación y de la perfección; desviarnos de él sería, en cambio, sustraernos a la gracia.

La conversión de san Pablo nos ofrece un ejemplo notabilísimo de esta economía. Cuando derribado y cegado por luz divina en el camino de Damasco, el futuro apóstol pregunta lleno de temor: «Señor, ¿qué queréis que haga?», no le manifiesta el Señor directamente su voluntad, sino que lo encomienda a un cristiano, a Ananías: «Levántate, entra en la ciudad y allí él te dirá lo que has de hacer» (75).

¿Por qué razón se hace Dios reemplazar cerca de nosotros por hombres? A fin de que nuestra obediencia, inspirada en la fe, preste homenaje a su divino Hijo, y nos sea meritoria. Si Él se manifestase con todo el esplendor de su poder, ¿qué mérito sería obedecerle? Quiere Dios que le adoremos, no sólo en sí mismo, no sólo en la humanidad de su Hijo Jesús, sino también en los hombres que Él ha escogido para dirigirnos. Nos sería, sin duda, infinitamente más grato que Dios nos revelase directamente o por medio de un ángel su voluntad; pero, ¿qué resultaría de ello? Las más de las veces un extraordinario acrecentamiento de nuestro amor propio, o, en el caso de resistirnos, una culpabilidad más evidente. Dios no lo quiso así. Y el medio que adoptó para imprimir su iniciativa a nuestra vida es el que recuerda san Benito con las pala-

bras del Salmista: «Estableciste hombres sobre nuestras cabezas» (76) para que nos guíen; hombres como nosotros, «mortales, débiles y flacos» (77), que manifiestan su impotencia. Es algo contrario y penoso a la naturaleza; pero es el camino prescrito por la sabiduría divina. Medio humillante porque nuestro orgullo y amor de independencia se sienten rebajados al haberse de someter a otro hombre, que no está libre de imperfecciones, ya que todos son infieles a su ideal: «Todo hombre es falaz» (78). Pero Dios lo ha ordenado así para ejercitar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad.

Primeramente *la fe*. Es conveniente que la criatura libre sea probada antes de obtener el Bien infinito, para que sus obras sean meritorias; y para nosotros la prueba está en la fe. Vivir en la obscuridad de una fe práctica y activa constituye el homenaje que Dios reclama de nosotros. Ahora bien: la obediencia nos proporciona la ocasión de manifestar a Dios nuestra fe en Él: es la manifestación práctica de nuestra fe. Es necesaria, en efecto, una fe grande, perfecta, para obedecer constantemente a un hombre, que ciertamente representa a Dios, pero conservando todas sus imperfecciones; de ahí proviene una profunda virtud y un gran mérito.

Un día en que santa Gertrudis suplicaba a nuestro Señor que corrigiese de ciertos defectos, por desgracia harto palpables, a uno de sus superiores, Jesucristo le respondió: «No sólo éste, sino también los demás que gobiernan tu congregación, que me es tan grata, tienen sus defectos; ¿lo ignoras? Nadie en este mundo está libre de miserias, y tolerar esto es un efecto de mi misericordia, que así quiere aumentar vuestros méritos. Los súbditos deben dar muestras de mayor virtud sometándose al representante de la autoridad, cuando éste es imperfecto, que cuando su conducta fuere irreprochable» (79).

Si miramos la sagrada Hostia, los sentidos nos dicen: «Aquí no está Cristo; no hay más que un pedazo de pan». Vemos, tocamos y gustamos solamente pan. Mas Jesucristo

(76) Regla, cap. VII; Salmo LXV, 12.

(77) San Agustín, *Sermo LXIX*, c. I. P. L., 38, 440.

(78) Salmo CXV, 11.

(79) Dom DOUAN, *Sainte Gertrude, sa vie intérieure*, c. V.

nos dice: «Éste es mi cuerpo» (80); y nosotros, haciendo caso omiso de los sentidos, decimos a Cristo: «Tú lo has dicho; *yo lo creo*». Y, para manifestar nuestra fe, nos postramos ante Jesucristo real y substancialmente presente bajo aquellas apariencias, le adoramos y nos ofrecemos a su voluntad.

De la misma suerte (81), Jesucristo está escondido en la persona de nuestros superiores: el abad, a pesar de sus imperfecciones, representa a Cristo. Para nosotros, san Benito es categórico en este asunto. Jesucristo se esconde bajo las deficiencias y debilidades del hombre, como se esconde bajo las especies sacramentales. Pero el superior está puesto «sobre el candelero» (82). En contacto incesante con él, palpamos necesariamente sus imperfecciones y su insuficiencia, y somos tentados a exclamar: «Este hombre no es Cristo; su entendimiento limitado no es infalible; puede engañarse, es susceptible de tomar esta o aquella determinación guiado de prejuicios». Empero, la fe replica: «Creemos que el abad hace las veces de Cristo»; y tanto si el que nos preside es un Salomón como si es un hombre desprovisto de ciencia, la fe nos dice que es un representante de Cristo; descubre a Cristo a través de las imperfecciones de aquel hombre. Si tenemos fe, nos vemos obligados a exclamar: *creo*, y obedeceremos a tal hombre, porque sometiéndonos a él obedecemos al mismo Cristo y permanecemos a Él unidos: «Quien a vosotros oye, a mí me oye» (83).

Ver siempre de esta manera a Jesucristo en el superior, aunque éste se manifieste con todos sus defectos, y obedecerle sin reservas y en todo momento, exige una fe muy robusta: porque obedecer *siempre* sobrenaturalmente, sin desmayar jamás, es duro y mortificante para la naturaleza.

Pero es muy cierto, con una certeza que me atrevería a llamar divina, que el Señor no dejará de su mano al alma que obedece con este espíritu de fe y le ofrece con alegría el sacrificio de la propia abnegación. En la profesión monástica contratamos con Dios y le dijimos: «Dios

(80) Mat., XXVI, 26.

(81) Esta expresión, «de la misma suerte», implica simple analogía.

(82) Mat., V, 15.

(83) Luc., X, 16.

mío, he venido a buscarte; todo lo dejé por tu amor y ahora depongo a tus pies mi independencia y libertad; te prometo someterme en todo al superior, obedecerle aun en las cosas contrarias a mi gusto, a mis ideas». A su vez, Dios responde: «Yo te prometo que a pesar de las debilidades y flaquezas de quien me representa cerca de ti, te guiaré en todos los caminos de la vida hasta alcanzar lo único que necesitas: el amor perfecto y la íntima unión conmigo».

Si cumplimos la parte que nos corresponde del contrato, Dios no dejará, ciertamente, de cumplir la suya; ha dado su palabra, palabra de Dios: «Fiel es Dios» (84). Pensar lo contrario sería negar la Veracidad, la Sabiduría, la Bondad y el Poder de Dios: esto es, negar al mismo Dios (85).

7. VIVIR CONFORME AL JUICIO AJENO. FECUNDIDAD Y GRANDEZA DE LA OBEDIENCIA GUIADA POR LA FE

Nuestro bienaventurado Padre, ilustrado con la divina luz, está de tal suerte convencido de la eficacia de este medio para conducirnos a la perfección, que nos pide llevemos nuestra obediencia hasta el punto de seguir el juicio y dictamen de otro: «No conforme a su propio criterio han de vivir, ni obedeciendo a sus caprichos y deseos, sino *guiándose por el juicio y mandato de otros*» (86). Conviene insistir sobre este punto, porque a veces se dan espíritus rectos, pero cándidos, que se forman una idea errónea de la obediencia. Creen al superior infalible: y es un error, pues no hay hombre que no pueda engañarse. El mérito de nuestra obediencia está precisamente en la resolución que debemos tomar de dejar toda iniciativa al juicio de un hombre de quien sabemos de antemano que puede equivocarse.

Sucedirá acaso que el abad disienta de nosotros en apreciar las cosas. ¿Dónde estaría nuestra obediencia si siempre hubiera coincidencia de pareceres? Convendríamos en que el superior es muy sensato... porque piensa

(84) I Cor., I, 9.

(85) Véase al fin de la presente conferencia el texto de santa Teresa.

(86) Regla, cap. V.

igual que nosotros. Ahora bien: obedecer porque nos parece razonable lo que se nos manda, no es obediencia, sino seguir nuestro propio juicio.

¿Querrá decir esto que debemos renunciar a tener criterio propio para seguir en todo la opinión del abad? De ningún modo. Nosotros no podemos renunciar a las luces de la razón; mas debemos también tener presente que el superior, humanamente hablando, está en situación mucho más ventajosa que los súbditos para juzgar; posee, además, para tomar sus resoluciones, no sólo elementos de que no disponemos nosotros, sino luces de que carecemos; las gracias de estado no son un mito. Supongamos, sin embargo, que nosotros vemos evidentemente las cosas de muy distinta manera. Entonces nos cabe exponer humildemente nuestro parecer, como lo indica san Benito, cuyo espíritu sobrenatural está siempre moderado por un buen sentido tan justo (87). Pero si el superior insiste en el mandato, ¿debemos, acaso, para obedecer bien, ver las cosas como él las ve? No, no se requiere esto; especulativamente podemos continuar pensando que es más verdadero nuestro modo de ver; pero debemos en la acción, en la ejecución, hacer lo que se nos manda; debemos, además, estar íntimamente persuadidos de que en el caso presente, *in concreto*, no se seguirá de nuestra obediencia ningún detrimento espiritual para la gloria divina, o para nuestra alma, antes, al contrario, redundará en nuestro bien. Esta íntima convicción es absolutamente indispensable para la obediencia de juicio (88).

Ahora bien; esta persuasión proviene de la fe. El abad, ya lo hemos dicho, no es infalible, no tiene ciencia infusa; la gracia de estado que Dios le concede no le otorga este privilegio; puede errar y de hecho yerra a veces; pero no yerra jamás el que obedece, porque camina por una senda segura que va directamente a Dios. Y si se figura que el bien espiritual que de su obediencia resulta para su perfección personal es inferior al que habría obte-

(87) Regla, cap. LXVIII.

(88) En este punto hacemos nuestro el sentimiento firme y moderado a la vez de uno de los mejores escritores ascéticos modernos. Mons. Hedley, obispo de Newport, en su excelente obra *Retraite spirituelle*. Apéndice al capítulo XIX. Véanse también las notables reflexiones apuntadas por el Abad de Solesmes en su *Commentaire sur la Règle de S. Benoît*, págs. 102-103 de la 1.ª ed.

nido sin el yerro sufrido por el abad, tenga esto por ilusión; en realidad ningún daño puede sufrir su alma, ya que rinde un homenaje sumamente grato a Dios. Como si dijese: «Dios mío, eres tan sabio y poderoso, dispones las cosas con suavidad y energía (89) y creo tan firmemente en tus divinos atributos, que estoy seguro de llegar a ti, a pesar de los errores que deslizarse puedan en las órdenes de mi superior». Está fuera de duda que Dios nos conduce a su amor a través de los mismos errores de los hombres. Él mismo intervendrá especialmente antes de permitir que en algo pierda su gloria, o sufra menoscabo nuestra perfección en el caso referido.

En el curso de nuestra vida religiosa permitirá Dios alguna vez que el superior ordene cosas que nos parecen menos razonables, o poco prudentes, o menos buenas de lo que nosotros nos imaginamos. Esto nos dará ocasión de tributarle un homenaje tan agradable como es la obediencia de juicio, renovando así la oblación que le hicimos de nosotros mismos el día de nuestra profesión. En aquella hora dichosa, con la alegría de la inmolación, la obediencia nos parecía cosa fácil por más que se nos hubiesen anunciado «las cosas ásperas y dificultosas» (90) por las cuales, como dice san Benito, se va a Dios. Entonces emitimos el voto; pero esto no era más que el primer paso en la carrera de la virtud.

La virtud se adquiere y fortifica mediante los actos que le corresponden. Ahora bien: a medida que avanzamos en madurez del espíritu y que se desarrolla en nosotros el espíritu de iniciativa, conocemos más y más lo verdadero de las palabras del Salmista, citadas por nuestro bienaventurado Padre: «Pusiste hombres sobre nuestras cabezas». Nuestro santo Legislador nos enseña, por otra parte, que la obediencia puede llegar a ser muy dura para la naturaleza; y en su cuarto grado de humildad nos habla de cosas ásperas y contrarias, de injurias y malos tratos (91) que pueden esperarnos en el camino de la obediencia; nos dice que «la senda es estrecha», si bien añade que «conduce a la vida» (92). Y efectivamente, si nos some-

(89) Sab., VIII, 1.

(90) Regla, cap. LVIII.

(91) Ibid., cap. VII.

(92) Ibid., V.

temos con fe, «estamos seguros», ya que san Benito nos lo garantiza, de que cada uno de nuestros actos llevados a cabo en estas circunstancias difíciles «redundará en nuestro bien» y de que nuestra virtud irá robusteciéndose: «Tenga por cierto el súbdito que así le conviene» (93). La gloria de Dios triunfa, precisamente, utilizando las flaquezas y errores de los hombres en beneficio de las almas que en Él confían: «Todo contribuye a su bien» (94).

Tengamos, pues, siempre presentes las palabras de nuestro bienaventurado Padre: «Creemos que el abad hace las veces de Cristo». Cuanto más veamos a Cristo en el abad y más participemos de este espíritu de fe, tanto más el abad será un instrumento para nosotros de salvación y perfección: «Vino a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (95).

Es más: el hombre que se entrega a Dios con semejante obediencia puede compararse a la «saeta, lanzada por una mano robusta» (96). Poseyendo esta flexibilidad sobrenatural es capaz de grandes cosas, porque si el alma puede contar con Dios, puede Dios contar con ella; está seguro de ella; y muchas veces Dios emplea estas almas para obras de las cuales depende particularmente su gloria. Pero las emplea mediante la obediencia, para mantenerlas en la humildad. Por elevado que sea el objeto que se propone, el alma plenamente obediente lo alcanza, porque es lanzada por una mano segura. Por ardua que sea la labor encomendada, la cumple perfectamente, porque halla en Dios la fortaleza y dispone del mismo poder de Dios (97).

(93) Regla, LXVIII.

(94) Rom., VIII, 28. «La experiencia nos demuestra con frecuencia que nada hay mejor que la obligación de hacer una cosa, tanto para el que la hace como para la obra misma. Recordando mis años pasados, me he convencido — puedo asegurarlo — de que algunas determinaciones tomadas por obediencia, en contra de otras que a mi juicio eran preferibles, han resultado de hecho ser las mejores y más justas. Y hasta las mismas que yo consideraba como errores, me han dado bajo la obediencia, resultados que, a la postre, tuve que reconocer como verdaderamente providenciales... Corremos, sí, verdadero peligro de engañarnos, precisamente en aquellos momentos de debilidad o cobardía en que queremos sustraernos directa o indirectamente al yugo de la autoridad. Los autores espirituales están unánimes en condenar como sumamente peligrosa para la vida espiritual cualquiera actitud de oposición, aun meramente pasiva, a la autoridad constituida.» Cardenal Gasquet, *Religio Religiosus*, c. XII, *El yugo de la obediencia*.

(95) Hebr., V, 9.

(96) Salmo CXXVI, 4.

(97) «Al someterse a una autoridad esencialmente superior [la auto-

Entonces no nos maravillamos ante aquellos prodigios obrados por quienes, olvidándose de sí mismos, despojándose de sí mismos, se ven como investidos por la obediencia de un poder sobrenatural. Nos lo demuestra un hecho de la vida de san Benito, cuando san Mauro caminó sobre las aguas para salvar al niño Plácido, caído en el lago de Subiaco y arrastrado por las ondas. San Benito manda a Mauro que acuda a sacarlo; éste no objeta que él no puede andar sobre las aguas, antes bien, obedece; y Dios recompensa esta pronta sumisión con un milagro (98). Dios obra maravillas cuando la obediencia, esclarecida por la fe, es perfecta.

La fe es la única que puede darnos la seguridad en la vida monástica. Mientras veamos a Cristo en la persona del superior, participaremos, como san Pedro caminando sobre las aguas (99), de la inmunidad divina; mas si dudamos caeremos sin remisión. El alma que obedece con fe en la palabra divina, se apoya en algo más que en las fuerzas naturales: «Confían unos en sus carros y otros en sus caballos; en cuanto a nosotros, en el nombre del Señor» (100).

Nadie debe extrañarse de que insista tanto en el papel que desempeña la fe como fundamento de la obediencia religiosa, pues es de capital importancia (101). La fe es lo que asegura, fecunda y ennoblece a la obediencia.

Los mundanos frecuentemente nos acusan de falta de carácter, de que somos los religiosos esclavos y aduladores de la autoridad; el mundo está siempre pronto a lanzar

ridad divina], un agente falible se ennoblece. Al dejarse investir por una autoridad fuerte, la autoridad débil se reviste de la fuerza del principio en el que se apoya, que, en el caso que nos ocupa, es una participación de la divina fortaleza. La libertad que deja restringir por la ley su campo de acción — a la vez que su campo de dudas y de fracasos — ve abrirse delante de sí, gracias a las sugerencias positivas de la ley, un nuevo campo inaccesible al error. Desde el punto de vista cuantitativo esta libertad sufre una merma, pero adquiere una ganancia. En orden a la calidad, la ganancia es absoluta, sin merma alguna de su patrimonio. Y para el logro de esta ganancia sólo se pone una condición, pero indispensable: la obediencia formal, la docilidad.» Dom. M. FESTUGIÈRE, *La liturgie catholique*.

(98) San Gregorio, *Diálogos*, I, II, c. 7.

(99) Mat., XIV, 29.

(100) Salmo XIX, 8.

(101) Santa Catalina de Sena insiste con frecuencia en este punto al tratar de la obediencia.

sobre nosotros la piedra, y a menudo en cosas que constituyen su propio defecto. Por poco que se haya frecuentado el siglo se sabe que a menudo adolece de esta falta de carácter que nos echan en cara. Sin embargo, no les faltaría razón al achacarnos idea tan mezquina si no viésemos a Dios en el superior; hay, en efecto, mucho de envilecimiento en obedecer al hombre por el hombre y no como representante de la autoridad divina. No es obediencia ni merece tal nombre obedecer al abad por simpatía natural, por identidad de ideas o de inclinación, o porque admiramos su talento y su genio, porque encontramos razonables sus mandamientos: cumpliremos materialmente lo que nos ordena el abad sin poner un acto formal de verdadera obediencia (102).

Ninguno de estos motivos naturales podría movernos a obedecer. ¿Por qué? Porque, en el terreno natural, tanto vale un hombre como otro; y la dignidad humana no permite someterse a otra criatura como tal, so pena de rebajamiento. Jamás obedeceré a un hombre, por brillantes que sean las dotes de que esté revestido, si no ha recibido para mandarme una participación de la autoridad divina. Mas cuando Dios me dice: «Este hombre me representa», me someteré a él aunque esté desprovisto de talento y con muchos defectos naturales, aunque sea de raza inferior; le obedeceré mientras no me ordene lo que sea contra la ley de Dios, pues entonces no le representaré.

Obedecer de este modo es elevarse, porque es no reconocer, para postrarse, más que una sola autoridad ante la que todas las naciones deben anonadarse y adorar: la autoridad de Dios. Servir a Dios es reinar; servirle en esta forma es elevarse, por encima de todas las consideraciones humanas y las contingencias naturales, hasta el Ser supremo y Señor de todas las cosas, hasta Dios; es ser verdaderamente libres, fuertes, grandes, ya que criatura alguna, por elevada que sea, nos esclaviza: «Servir a Dios es reinar» (103). Únicamente la fe, la fe viva y ardiente es

(102) «Un religioso puede obedecer por hábito, por rutina, para evitar disgustos, o por una disposición más o menos servil; exteriormente su vida es vida de obediencia, pero en realidad no obedece; y meucos todavía puede decirse que obedece quien ejecuta lo mandado en apariencia, mientras protesta en su interior.» Mons. HEDLEY, *Retiro*, c. XI, *La obediencia*.

(103) Pontifical romano, ordenación de los subdiáconos. Encontramos esta expresión en una carta atribuida a san León (*ad Demetriadem*).

capaz de levantarnos a este nivel y de mantenernos en él. ¿Supone esto que no podremos amar al superior? En manera alguna. Nuestro padre san Benito aconseja al abad que procure «ser más amado que temido» (104); y a los monjes les ordena «que amen a su abad con amor sincero y humilde» (105). Pero este amor debe ser sobrenatural. Lo que el santo Legislador nos impone es una obediencia por la fe: debemos ejecutar las órdenes del superior «como si proviniesen del mismo Dios» (106). Si esta fe es viva hará esta obediencia fácil; en la orden mandada, cualquiera que sea, nos hará encontrar a Dios; y esto constituirá nuestra mejor recompensa.

8. LA OBEDIENCIA DEBE APOYARSE EN LA ESPERANZA

Guiada por la fe, nuestra obediencia es sostenida por *la esperanza*. En rigor, podríamos decir que a ella nos hemos referido en lo que se acaba de exponer, toda vez que la virtud de la esperanza brota necesariamente en un alma informada por la fe perfecta. Nos limitaremos, pues, a pocas palabras acerca de ella. ¿Cuál es su papel en el ejercicio de la obediencia? Redúcese a hacernos confiar plenamente en el auxilio divino, especialmente para vencer los obstáculos que se prevén y que se encontrarán en la ejecución de las obras que se nos mandan. Dios no puede abandonar a sí misma a una alma que confía enteramente en su gracia. Miremos a Moisés en la montaña de Horeb. El Señor le ordena vaya a librar a los hijos de Israel cautivos en Egipto: «Vete: yo te mando al Faraón para que deje libre a mi pueblo». Moisés, creyéndose incapaz de llevar a cabo tal misión, exclama: «¿Quién soy yo para presentarme al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» Dios le responde: «Yo mismo estaré con-

P. L., I, V, 165. Es una prueba de lo injusto del reproche de servilismo hecho contra el religioso que obedece. ¡Todo lo contrario! El espíritu de fe de que éste se halla animado es la única fuerza moral que exime al hombre de todo servilismo ante cualquier superior — magistrado, jefe militar, príncipe — y encierra el secreto de la verdadera arrogancia humana. El católico es a la vez el más obediente y el menos servil de los mortales.

(104) Regla, cap. LXIV.

(105) *Ibid.*, cap. LXXII.

(106) *Ibid.*, cap. V.

tigo» (107). Desde ese momento, intrépido, porque confía, se presenta en la corte del Faraón, y Dios multiplica los prodigios que sabemos, hasta libertar a los hebreos. «Yo estoy contigo», son las palabras que frecuentemente leemos en las vidas de los santos. Nuestro Señor las repetía muchas veces a santa Catalina de Sena (108) y a la beata Bonomo (109) cuando les mandaba algo: «No temas, decía a esta última, yo estaré contigo». Las mismas palabras nos dice cuando se nos imponen obligaciones difíciles o imposibles (110).

Con la esperanza nos da también la virtud de la paciencia, sin la cual la obediencia no es perfecta. «La señal de que posees la obediencia — decía el Señor a santa Catalina — es la paciencia; el que se impacienta demuestra que no es obediente. La impaciencia es hermana de la desobediencia y proviene del amor propio. Ambas virtudes son inseparables; y el que se impacienta indica que su obediencia no radica en su corazón» (111).

La obediencia, animada de esperanza sobrenatural, atrae infaliblemente el auxilio divino. San Benito nos lo dice claramente: si el abad ordena cosas difíciles o «imposibles», aceptemos de buenas a primeras lo mandado; y, «si después nos vemos impotentes para cumplirlo, sometamos al abad, paciente y oportunamente, sin orgullo, ni resistencia, ni contradicción, las causas de nuestra imposibilidad. Pero si el superior insiste en el mandato, el monje — dice san Benito — debe saber que le conviene obedecer y, confiando en el auxilio divino» (112), hágalo por amor.

Esta conclusión del capítulo, de doctrina tan elevada, firme y discreta, nos enseña cómo debemos obedecer en las cosas imposibles. La esperanza de que Dios estará con nosotros nos sostendrá, porque obedeceremos «por amor».

(107) Exod., III, 12.

(108) Vida, por RAIMUNDO DE CAPUA.

(109) *Une extatique au XVIII^e siècle. La bienheureuse J. M. Bonomo, moniale bénédictine*, por DOM DU BOURG, págs. 81-82, 141.

(110) *Noli timere quia ego tecum sum* (Gén., XXVI, 24).

(111) *Diálogo, De la obediencia*, c. I y II. Tertuliano decía, por su parte: «Nunca la impaciencia fué fuente de obediencia». *De patientia*, c. IV. P. L., I, 1255.

(112) Regla, cap. LXVIII.

9. SAN BENITO QUIERE QUE PROCEDA PRINCIPALMENTE DEL AMOR

«Por amor»: he aquí la tercera cualidad fundamental de la obediencia y el *motivo* que la determina. Por más que el santo Patriarca la haga derivar de la humildad, como fruto, y sea la fe su primera inspiradora, cabe señalar que siempre presenta la obediencia monástica como un acto de amor: «Que por amor de Dios el monje acate rendidamente la autoridad de quien le manda» (113). «Ciertas líneas escritas por san Benito acerca de la obediencia (capítulos v, VII, LXVIII, LXXI) ponen de relieve la tendencia profunda de su alma a obrar por amor. Arde en él un entusiasmo por Dios, por Jesucristo y por la misma caridad. Para él, la obediencia monástica no es solamente una disposición íntima que inclina a ejecutar un mandato con prontitud y abnegación porque el orden moral requiere que el inferior se someta al superior. La obediencia del monje es un ejercicio o un esfuerzo constante de amor; y por ello se convierte en expresión de una disposición habitual de vida unitiva, por la conformidad o comunión perpetua de la voluntad humana con la divina» (114).

Como dice el santo Legislador, «esta obediencia es propia de aquellos que nada aman tanto como a Cristo» (115). La obediencia del monje debe ser, según san Benito, la expresión del amor. Y añade oportunamente que en esto «imitaremos especialmente a Cristo»: «QUE POR AMOR DE DIOS se someta con rendida obediencia al superior IMITANDO AL SEÑOR, quien, según el Apóstol, hízose obediente hasta la muerte» (116).

El primer acto del alma santa de Jesucristo en la Encarnación fué lanzarse a través del espacio infinito que separa lo creado de lo divino. En el seno del Padre contempla cara a cara las divinas perfecciones. Pero no se vaya a creer que esta contemplación no es más que — permítaseme la expresión — puramente especulativa. Como

(113) Regla, cap. VII.

(114) Dom I. RYELANDT, l. c., pág. 209.

(115) Regla, cap. V.

(116) Ibid., cap. VII; Filip., II, 8.

Verbo, Cristo ama a su Padre infinitamente en un acto que excede toda comprensión. Ahora bien: su humanidad está como sumergida en esta impetuosa corriente de amor increado, y su Corazón ardiente se consume en esta llama de perfecta caridad. Como un miembro de la raza humana por su encarnación, Cristo quedaba obligado al mayor de los preceptos: «Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma, toda tu mente, y todas tus fuerzas» (117); y cumplió este precepto a perfección. Desde su entrada en el mundo, Cristo se ofrece por amor: «Heme aquí... tu voluntad está en medio de mi corazón» (118). Toda la existencia de Jesucristo se resume en el amor al Padre. Pero, ¿qué forma tomará este amor? La forma de obediencia: «Para hacer tu voluntad» (119). ¿Por qué? Porque la sumisión absoluta es la mejor expresión del amor filial (120). Jesucristo manifestó este amor perfecto con la completa obediencia desde la Encarnación «hasta la muerte en cruz: *usque ad mortem.*»

No sólo no dejó de obedecer nunca sin titubeos, antes bien superando la sensible repugnancia que sentía, el amor le llevó hasta la consumación de su obediencia: «Debo ser bautizado con bautismo de sangre, y ¡qué ansias me consumen hasta cumplirlo!» (121); «¡Con qué ardiente deseo esperaba el momento de comer la Pascua con sus discípulos» (122), aquella Pascua que inauguraba la Pasión! Y si Él mismo se entrega a la muerte es «para que sepa el mundo que ama a su Padre» (123). Este amor es inefable, porque esta obediencia perfecta es el manjar de

(117) Marc., XII, 30.

(118) Salmo XXXIX, 8-9.

(119) Hebr., X, 7.

(120) «Quiero hacerte ver — decía el Padre eterno a santa Catalina de Sena — esta tan excelente virtud de la obediencia, en el humilde Cordero sin mancilla, y enseñarte de dónde procede. ¿Cuál es la razón por que el Verbo fué tan obediente? El amor que tuvo a mi honor y a tu salvación. Y este amor, ¿de dónde procedía? De la clara visión que su alma tenía de la divina esencia y de la inmutable Trinidad. Véame a mí, siempre Dios inmutable y eterno, y esta visión producía en él, con una perfección absoluta, la fidelidad que la luz de la fe no llega a realizar en ti más que de un modo imperfecto. Me fué fiel a mí, su Padre eterno, y al resplandor de esta gloriosa luz, en la embriaguez del amor, se lanzó por las vías de la obediencia.» *Diálogo*. De la obediencia, c. I.

(121) Luc., XII, 50.

(122) *Ibid.*, XXII, 15.

(123) Juan, XIV, 31.

su alma: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra» (124).

El monje debe estar animado de semejante amor al obedecer. Nuestro Legislador lo dice claramente. Exige que la obediencia, iluminada por la fe, nazca del amor que el monje tiene a Cristo, móvil y modelo de nuestra sumisión; pues, en definitiva, no hay motivo más fundamental ni más eficaz para hacernos obedientes que el deseo de imitar a Jesucristo, nuestro ideal. Lo dejamos todo, renunciando a la propia voluntad para seguirle más de cerca: «Vende lo que tienes y ven en pos de mí». «Todo lo hemos dejado y te hemos seguido» (125). No es fácil seguir a Cristo hasta la muerte de cruz; sólo son capaces de ello los corazones humildes, esforzados, generosos y animados de una fe viva. «Para seguir a Cristo, Rey y Señor, con entusiasmo, como desea san Benito, es necesario renunciar a la propia voluntad y tomar las brillantes armas de la obediencia, las únicas con que puede conseguirse la gloria» (126). La obediencia exigirá a veces, como indica san Benito, una paciencia y abnegación heroicas. Pero, ¿acaso no sintió repugnancia nuestro divino Maestro al ser preso por los judíos, injuriado por los fariseos y escupido por la soldadesca? Sin duda que todo esto le horrorizaba. No obstante, todo lo aceptó, para mostrar el amor al Padre, que quería que fuese tratado como el último de los mortales, el desecho de la plebe; que muriese «como los malhechores» (127). Y su sumisión es tan grande que se deja llevar al sacrificio, como «el cordero que no bala, ni abre la boca» (128).

He aquí, pues, el modelo de nuestra obediencia. Nadie nos hará jamás sufrir tamaños dolores ni nos exigirá semejante sumisión; mas si permite Dios que por obedecer seamos humillados, miremos a Jesús en aquellas horas difíciles: en la agonía o pendiente de la cruz, y digámosle con todo el corazón: «Te amo, y me daré todo entero por ti» (129). Acepto tu voluntad para demostrarte

(124) Juan, IV, 34.

(125) Mat., XIX, 21, 27.

(126) *Quisquis abrenuntians propriis voluntalibus, DOMINO CHRISTO VERO REGI MILITATURUS obedientiae fortissima atque praeclara arma sumis.* (Prólogo de la Regla.)

(127) Isa., LIII, 12.

(128) Ibid., 7.

(129) Cfr. Gál., II, 20.

mi amor. Entonces la paz divina — que excede todo sentimiento humano — inundará nuestra alma con la unción de la gracia, y nos dará fuerzas y «paciencia para soportarlo todo en silencio» (130).

Mas cuando no se posee esta fe, que nos muestra en Dios nuestro único Bien; cuando no es el amor generoso y ardiente por Jesucristo lo que nos inflama, nos buscamos a nosotros mismos, aficionándonos a este trabajo, a aquel oficio, a nuestro propio ideal; y como pequeños que somos, engrandecemos esas bagatelas. Y ¡qué contrariedad sufrimos si el superior nos priva contra nuestra voluntad de este o aquel cargo; cuando contraría tal o cual ideal! No se puede decir de éstos lo que nuestro bienaventurado Padre dice del monje perfecto «que todo lo deja por obedecer pronto» (131). Pero «si uno busca verdaderamente a Dios» (132) y no a sí mismo, está conforme con cualquier puesto en que ponga la obediencia, por humilde y obscuro que sea; por penosa y áspera que sea la labor encomendada, ya que, como dice el Santo (133), incluso los juzgamos indignos de ella porque, como quiera que toda obediencia viene de Dios y a Él conduce, es siempre una gracia inapreciable poder acercarse a Dios y unirse a Él (134).

Para llegar a este grado de virtud se requiere un gran amor; porque, lo repito, obedecer siempre sin desmayos y someterse en todo «con toda obediencia» un hombre débil y falible, es durísimo para la naturaleza; mas es también un homenaje muy agradable a Dios. En primer lugar, porque dejarse así modelar por la obediencia es llegar infaliblemente, sin «duda» (135), dice enérgicamente san Benito, a reproducir perfectamente en nosotros los rasgos de Cristo «hecho obediente hasta la muerte». Y esto es lo que exige de nosotros el eterno Padre; que nos conforme-

(130) Regla, cap. VII.

(131) *Ibid.*, cap. V.

(132) *Ibid.*, cap. LVIII.

(133) «Téngase por siervo *inútil e indigno para todo* lo que le manden.» Regla, cap. VII.

(134) Hablamos aquí de las órdenes de los superiores; pero, con la proporción debida, puede aplicarse lo dicho a la obediencia a la Regla y a las tradiciones establecidas por las Constituciones. Queda tratado el punto de fidelidad a la Regla y a la vida común en la conferencia sobre «Los instrumentos de las buenas obras», y en la de «La sociedad monástica».

(135) Regla, cap. V.

mos a su Hijo muy amado. Jamás olvidemos que cuanto más nos asemejemos a Jesucristo, tanto más el Padre se complacerá en nosotros y nos concederá la plenitud de sus gracias; porque el amor de Dios en el alma es divinamente activo.

Así entendida la obediencia, resulta un homenaje agradable, además, porque da a Dios lo que más apreciamos y es más inviolable: el sacrificio más sincero y religioso que podamos ofrecerle (136). A los que nunca dejan de prestar este homenaje; a los que aspiran a imitar en todo y por todo la obediencia de Jesucristo, venciendo las dificultades y repugnancias que encuentren, Dios los atrae directamente hacia sí, «ciertos de que por este camino de la obediencia llegarán a Dios» (137). Los otros, los que no ven en el superior más que un hombre, discuten la legitimidad y oportunidad de sus mandatos, o se amilanan ante las dificultades; vagan en torno de Dios sin llegar nunca a encontrarle: *In circuitu ambulans* (138).

10. DESVIACIONES DE ESTA VIRTUD; POR QUÉ SAN BENITO CONDENA CON TANTO ARDOR LA MURMURACIÓN

Pidamos con frecuencia a Dios esta luz de la fe y esta fuerza del amor que comunicarán su perfección a nuestra obediencia. De esta manera, ayudados sobrenaturalmente, obedeceremos fácil, generosa y simplemente, con prontitud y gozo. «Sin vacilación — dice san Benito —, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración y sin réplica que indique resistencia en el que obedece» (139). Atendamos bien a todas estas cualidades del acto de obediencia. Nuestro bienaventurado Padre quiere que obedezcamos de «buen grado», y añade con san Pablo: «Dios ama al que da con alegría» (140). Aun cuando veamos a Cristo en la persona del superior, podrá suceder que nuestro temperamento no concuerde con el suyo, que sean dispares nues-

(136) «El obedecer al superior en cuanto es ministro de Dios forma parte de la religión con la cual se da culto y se ama a Dios.» Santo Tomás, *Quodlibet*, VI, a. II. Cfr., II-II, q. CIV, a. 3 ad. I.

(137) Regla, cap. LXXI.

(138) Salmo XI, 9.

(139) Regla, cap. V.

(140) *Ibid.*, cap. V, y II Cor., IX, 7.

tros caracteres. Y el resultado será una obediencia laboriosa, y esto por toda la vida. Sólo con el amor de Dios podremos entonces superar todas las dificultades; sin él correríamos peligro de desfallecer alguna vez, con notable quebranto de nuestra alma.

Porque hay muchas maneras de dejar decaer el espíritu de obediencia e incluso de apartarse de él.

El alma obediente, tal como la concibe san Benito, es sencilla, franca y leal con el superior, como un hijo con su padre, al exponer sus necesidades y sus aspiraciones. Valerse ante él de astucias y sutilezas, obrar con reticencias, engañar al superior para arrancarle un permiso, aun con pretexto de un bien espiritual, se opone al espíritu de sumisión, que exige el gran Patriarca, y es, en sentir de san Bernardo, «engañarnos a nosotros mismos» (141).

Para algunos el peligro está en sustraerse a la vida común, en evitar las molestias de una mutua convivencia, en vivir prácticamente como si el superior no existiese, aparentando, a veces, con esto asegurar mejor la unión con Dios; pero no hay en ello más que un engaño e ilusión peligrosa (142), bien contraria por cierto a nuestra vocación y a lo que nos impone la santa Regla: «Desean que un abad les presida» (143). San Benito no emplea esta palabra «desean» sin más ni más; al contrario, podemos estar ciertos de que lo hace deliberadamente, como cuando dice que el monje «debe vivir según la voluntad de otros» (144). Tal es el espíritu que debe animarnos, porque tal es la Regla que hemos jurado observar «hasta la muerte». Por tanto, en nuestros trabajos y ocupaciones, en nuestras empresas debemos someternos siempre a la dirección del superior. Esto es lo que pretende el santo Legislador: que en nuestra vida todo, sin excepción, lleve el sello de la obediencia (145); de ahí se deriva nuestra grandeza y segu-

(141) «Aquel que ostensible u ocultamente se esfuerza en que el Padre espiritual le mande lo que él desee, se engaña cuando se forja la ilusión de ser obediente, porque más que obedecer él al superior, es el superior quien obedece a él.» San Bernardo. Sermón sobre las tres órdenes de la Iglesia. P. I., t. CLXXXIII, 636.

(142) Véase la nota al final de la conferencia.

(143) Regla, cap. V.

(144) Ibid.

(145) Ibid., cap. XLIX, LXVIII, *Cum VOLUNTATE abbatis OMNIA agenda sunt; vindictae regulari subjaceat qui praesumpserit... QUIPIAM QUAMVIS PARVUM sine JUSSIONE abbatis facere.*

ridad. De lo contrario, el día del juicio nos encontraremos con las manos vacías, porque habiendo cumplido nuestros deseos y satisfecho nuestro querer, ya estaremos recompensados con esa vana satisfacción del amor propio: «recibieron su recompensa; los vanos recompensa huera» (146). «La propia voluntad no reporta a la vida espiritual más que una eterna indigencia» (147).

Hay otros que se atrincheran voluntariamente dentro de un cerco de espinas que el superior dificultosamente puede atravesar. Por amor de la paz no se atreve a mandarles determinado trabajo e imponerles tal o cual obligación: no se resistirían abiertamente, pero al menos no se puede contar con ellos. Les falta aquella flexibilidad espiritual esencial a la obediencia; y esta actitud proviene a menudo de la falta de fe. Estas almas no están prácticamente convencidas de que lo importante en la obediencia no es tanto la obra material como el motivo por que se cumple; o sea, la sumisión de nosotros mismos a Dios para agradarle. Se persuaden que las obras a las que limitan sus preferencias son más importantes que las demás, cuando, en realidad, todo debe medirse a los ojos de Dios, sabiduría eterna, según la obediencia y el amor de que va animado.

Semejante estado es sumamente perjudicial para las almas, porque dejan prácticamente de avanzar por el camino por el cual se vuelve a Dios. Ni son arrastradas por la corriente de la divina gracia, ni por el ímpetu del río divino: se solazan en la orilla, y no llegan al puerto sino con harta fatiga si es que consiguen llegar. Acostumbrarse a ser poco accesible, hasta el punto de que el superior no se sienta libre de expresar su voluntad, es faltar a la palabra empeñada, es una deslealtad: ni más ni menos que aquella «laxitud de la desobediencia» (148), de que habla nuestro bienaventurado Padre en el Prólogo. «Dejad la voluntad propia — dice el venerable Blosio — y obedeced a Dios con humilde sumisión; mejor es arrancar ortigas y malas hierbas con sencilla obediencia, que ensimismarse en la alta contemplación de sublimes miste-

(146) Cfr. Mat., VI, 5.

(147) Santa Matilde, *El libro de la gracia especial*, IV parte, c. 19, *De cuán útil sea quebrantar la propia voluntad*.

(148) Prólogo de la Regla.

rios, por propia elección, porque el sacrificio más agradable a Dios es la abnegación de la voluntad propia. Quien resiste a los superiores y no les quiere obedecer, se priva de gracias celestiales; y si no cambia, no agrada al Señor» (149).

Cierto que una total sumisión importa grandes sacrificios. Empero, titubear en la obediencia es vacilar delante del único bien que perseguimos al venir al monasterio, lo que equivale a decir a Dios: «No te amo lo suficiente para arrostrar este sacrificio, para rendirte este homenaje». ¿Acaso eran éstos nuestros sentimientos el día de la profesión religiosa?

Vigilemos, pues, para proceder en esta materia con gran delicadeza de espíritu, pues no de sopetón, sino por actos repetidos, es como se llega a este estado peligroso en el cual se vive prácticamente fuera de la obediencia.

Es también de suma importancia evitar la murmuración, aun la interior; pues es otro de los grandes peligros de la vida monástica, y san Benito lo combate siempre con gran energía. Es de admirar que el bienaventurado Padre, tan indulgente a veces con ciertas debilidades humanas, es inflexible tratándose de la murmuración y desobediencia: es que su alma, inundada de luz divina, obraba conforme al ejemplo de Dios.

Examinemos las santas Escrituras y veremos cómo Dios aprecia las faltas. David, después de tantos beneficios recibidos, cae en los pecados de homicidio y adulterio. El Señor le envía al profeta Natán para describirle la enormidad de su crimen. Y David, lleno de arrepentimiento, exclama: «He pecado contra el Señor». Al instante replica el Profeta: «El señor te ha perdonado: no morirás, pero dejará de existir el infante que nació de tu pecado» (150). Grande fué la expiación impuesta, pero al menos David recibía la seguridad del perdón de su pecado a pesar de su enormidad.

Notemos ahora otro hecho acaecido algunos años antes. Saúl, rey de Israel, escogido por el mismo Dios, es bueno, casto y sencillo, pero aferrado a su propio juicio. Dios le manda guerrear contra los amalecitas y exterminar-

(149) *El paraíso del alma fiel. Obras espirituales.*

(150) II Rey., XII, 13-14.

los sin excepción; pero Saúl perdona a su rey y se reserva lo mejor del botín, con la sana intención de ofrecerlo en sacrificio al Señor. Pero, ¿cómo se comporta Dios en esta ocasión? Desecha a Saúl, a pesar de que el rey se arrepentía de lo hecho: «El Señor — declaró Samuel a Saúl — no se complace en el holocausto, sino en la obediencia a su palabra: vale más ésta que las víctimas». Tan culpable es la rebelión como la adivinación, y la desobediencia ofende a Dios tanto como la idolatría. Porque tú has desatendido las palabras del Señor, Él te desecha, y ya no podrás reinar más». Saúl prorrumpe, como lo hará más tarde David, en un ¡ay! de arrepentimiento: «He pecado: perdóname». Mas en vano; es rechazado para siempre, porque Dios detesta la desobediencia, aun cuando parezca justificada por buenas razones: «Es mejor la obediencia que las víctimas» (151).

He aquí por qué nuestro bienaventurado Padre condena con tanta energía toda desobediencia; he aquí por qué condena tan severamente la murmuración, que es la carcoma que corroe en su misma raíz el espíritu de obediencia e imposibilita toda verdadera sumisión. Oigamos estas gravísimas palabras: «Si el monje obedece de mala gana y murmurando, no ya con palabras, sino allá en el corazón, aunque cumpla lo mandado, su obediencia no será grata a Dios, el cual ve el corazón del que murmura; por esto, lejos de conseguir gracia alguna, se hace acreedor a la pena de los murmuradores, si no se enmienda y satisface» (152). Esta es la doctrina explícita de san Benito; doctrina perfectamente justa, porque, en efecto, la murmuración es como una compensación con que uno se resarce de una obediencia, que prácticamente no puede rehuir. Se cumple materialmente la orden; pero lo esencial de la obediencia, que consiste en la amorosa sumisión de nosotros mismos, está ausente de nuestra alma. La murmuración es una resistencia del alma, que se manifiesta las más de las veces con palabras, criticando las órdenes recibidas o juzgándolas injustas e inoportunas.

Nuestro bienaventurado Padre llama a la murmuración

(151) I Samuel, XV, 22.

(152) Regla, cap. V.

«un mal» (153), en contraposición al «bien de la obediencia» (154). ¿Y por qué es un mal? Porque aparta al alma, si no de la observancia externa, al menos de la interna sumisión del corazón, que es esencial a la obediencia perfecta; de aquí que la aleja del camino que conduce a Dios: «Seguros de que por este camino de la obediencia llegarán a Dios»; la aparta de Dios, su Bien supremo, al apartarla de la autoridad que lo representa. Es táctica del demonio inspirar la duda de la legitimidad de las órdenes prescritas, y en cuanto ha logrado introducirla en el alma esta duda ya tiene ganada la partida: así fué la primera caída y todas las que la han seguido. Aun cuando uno murmure sin acritud, tal vez sólo para tomar nota, objetivamente, de las equivocaciones, debilidades y faltas de la autoridad, puede causarse un gran daño a sí mismo.

También se puede perjudicar a las almas. A veces, en efecto, no guarda uno para sí mismo su murmuración. Convirtiéndose en agente del demonio, repite las insinuaciones de la serpiente; con hálito pestífero marchita el frescor del «amor humilde y sincero hacia la autoridad» que san Benito exige del monje que quiere vivir de su espíritu. Este poder de comunicarse que tiene el mal de la murmuración, lo convierte en particularmente temible; es semejante a un microbio, que, transmitiéndose de unos a otros, acaba por inficionar a toda la comunidad. Observemos, sin embargo, que para propagarse necesita un terreno propicio; de otra suerte queda aislado. Directamente el superior no puede impedir la maledicencia: es a los súbditos a quienes toca defenderse de la intoxicación. Si el que murmura no encuentra oídos complacientes que le escuchen, fracasa en sus propósitos y debe encerrar su murmuración dentro de sí mismo; lo que no deja de ser un peligro para su alma, ya que obrará como un verdadero corrosivo de la vida interior.

¿De dónde proviene ese mal de la murmuración? Casi siempre de la falta de fe (155). Se ve en el superior al

(153) Regla, cap. XXXIV.

(154) *Ibid.*, cap. LXXI.

(155) «El desobediente — decía el Padre eterno a santa Catalina — es juguete del amor propio. Su fe muerta no ilumina bastante la mirada de su inteligencia, que se detiene con complacencia en la satisfacción de la propia voluntad y en las cosas de la tierra... Como obedecer le parece costoso, decídese a desobedecer, creyendo que con ello se evita

hombre, no a Jesucristo; cuando la fe no oculta las flaquezas, se juzgan los mandatos porque se juzga al hombre. Y, ayudada por el hábito, la murmuración no respeta nada: ni hombres, ni instituciones, ni costumbres, ni obras; nada se sustrae a su crítica. Aunque el superior fuese un arcángel, no faltarían pretextos para criticar sus órdenes. Observemos cómo se comportan los judíos con Jesucristo. Nuestro adorable Salvador era la perfección misma; y no obstante se le criticaba en lo que decía y obraba. Si curaba en sábado, aquellos hombres llenos de un celo áspero y creyéndose custodios de la ley, murmuraban (156). Le critican por comer con los publicanos (157) y hospedarse en casa de Zaqueo (158). Si perdona los pecados, se escandalizan (159). Si les revela los secretos de su amor, anunciando la Eucaristía (160), le abandonan. El mismo Jesús hace observar que en todo encuentran reparos: «¿A quién compararé esta generación? Vino el Bautista, que no comía ni bebía, y dicen de él que está poseído del demonio. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe como los demás hombres, y dicen: He aquí un hombre bebedor y amigo de la buena mesa, que se acompaña de publicanos y gentes de mala vida» (161).

Guardémonos, pues, cuidadosamente de toda murmuración, como advierte con tanta insistencia y gravedad nuestro Padre san Benito; porque es el defecto más contrario al espíritu y a la letra de la Regla: «*Ante todo, no asome en el monasterio el mal de la murmuración, ni de palabra, ni con la señal más insignificante por ningún motivo*» (162).

Empero, sepamos distinguir el lamento, de la murmuración: lejos de ser el lamento una imperfección, muchas

las molestias. Mas he aquí que la carga hácese más pesada, porque a la postre le es necesario someterse, o de grado o por fuerza. ¡Cuánto más dulce para él, y más fácil le hubiera sido la obediencia aceptada por amor!» *Diálogo. De la obediencia, c. VIII.*

(156) Juan, V, 16.

(157) Mat., IX, 11.

(158) Luc., XIX, 7.

(159) Luc., V, 21.

(160) Juan, VI, 53.

(161) Mat., XI, 18-19.

(162) ANTE OMNIA ne murmurationis MALUM pro QUALICUMQUE causa, in aliquo QUALICUMQUE verbo vel significatione appareat. Regla, cap. XXXIV. — «La paz del monasterio es, a los ojos de san Benito, un bien que ha de preferirse a todos los demás.» El Abad de Solesmes. *Commentaire sur la Règle de saint Benoît*, pág. 287. Recomendamos la lectura de todo el pasaje.

veces puede constituir incluso una oración. Jesucristo en la cruz, con ser modelo de toda santidad, se queja de que el Padre le ha abandonado. ¿Cómo podremos discernir estas dos facetas? La murmuración implica evidentemente un sentimiento de oposición, de malevolencia (al menos pasajera) de la voluntad; pero procede formalmente de la inteligencia; es un pecado que proviene del espíritu de resistencia; y el lamento, cuando es puro, viene del corazón; es un grito del alma lacerada, que siente el dolor, si bien lo acepta con resignación y amor. Podemos sentir las dificultades de la obediencia, y hasta experimentar sentimientos de repugnancia; esto puede ocurrir incluso al alma más perfecta; en ello no hay imperfección si la voluntad no consiente en estos movimientos de rebeldía que a veces asaltan a la naturaleza sensible. Esta turbación la sintió el mismo Señor: «Empezó a entristecerse y angustiarse». Mas en estos momentos angustiosos, Él, que es nuestro modelo, decía: «Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz» (163). ¡Qué lamento salido de la boca de un Dios, delante de la obediencia más terrible que jamás se ha impuesto al hombre! Pero también este grito de la sensibilidad excitada es seguido de otro no menos profundo, de un total abandono a la voluntad divina: «Sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú».

En la murmuración hay, en cambio, una total ausencia de amor; por esto «aparta de Dios»; destruye precisamente aquello que el santo Patriarca quiere establecer en nosotros: el *amen* de todos los momentos, el *fiat* amoroso, que fluye más del corazón que de los labios; en una palabra, la perfecta y constante sumisión de todo nuestro ser a la voluntad divina, por amor de Cristo.

11. CUIDADO QUE SE HA DE PONER EN SER PERFECTAMENTE OBEDIENTE

Veamos, pues, sobre nosotros mismos. La obediencia es demasiado preciosa para no guardarla con afán; amemos este «bien» como lo llama san Benito, porque nos une a Dios; busquémoslo con amor y conservémoslo celosamente. El ejemplo nos lo dan los buscadores de riquezas.

Dícenles que muy lejos, en Eldorado, región desconocida, hay terrenos auríferos. Allá se van con el afán de enriquecerse; dejan patria, familia y amigos; se embarcan, atraviesan mares, se adentran por países desconocidos arrojando mil y mil peligros. Después de innumerables fatigas llegan, por fin, donde se halla el precioso metal; no se contentan, sin duda, con las muestras que puedan traer en las manos, sino que recogen todo cuanto pueda llevarse. ¿Qué diríamos de ellos si después de haber soportado tantos dolores y trabajos se contentasen solamente con algunas pepitas de oro? Los tendríamos, y con razón, por mentecatos.

Tal sería el monje que después de algunos años de vida religiosa, dejase aflojar los vínculos de la obediencia; porque, quién más, quién menos, todos nos hemos impuesto grandes sacrificios antes de entrar en el monasterio. Leímos cierto día en la Escritura, u oímos a Cristo en la oración, que lo dejásemos todo por seguirle: «Ven y sígueme: yo te daré la vida y seré tu dicha». Su voz divina, llena de dulzura, nos conmovió hasta lo íntimo del corazón; comprendimos su invitación y, como el mercader del Evangelio, todo lo vendimos por comprar el campo en donde está escondido el tesoro. Abandonamos todos los seres más queridos, y, jóvenes aún, renunciarnos a las legítimas alegrías de la familia, a las afecciones visibles de los nuestros; pasamos por todo a trueque de adquirir este tesoro, que es el mismo Dios. ¿Dónde lo encontraremos? Allá arriba, en la vida eterna, en una bienaventuranza inefable, gozando soberanamente de Él; acá abajo, en la obediencia por la fe; he aquí el tesoro que buscamos. Después de tantos y tan continuos sacrificios para asegurarnos este bien precioso, ¿nos contentaremos con una pequeña parte de él? ¿Con obedecer alguna que otra vez y sólo para no traspasar el voto? No seamos tan insensatos que dilapidemos así, tontamente, los tesoros eternos.

No olvidemos que el voto de obediencia es una promesa solemne hecha a Dios el día de nuestra profesión. Cada vez que deliberadamente desobedecemos, de cualquier manera que sea, sustraemos cobardemente, como san Benito dice, parte de lo que habíamos dado. Pero, en el día del juicio, Dios, «a quien nadie puede engañar» (164),

(164) Gál., VI, 7: *Deus non irridetur.*

nos pedirá cuenta, con rigurosa justicia, de la fidelidad jurada (165). No podremos responder entonces: «Yo quería alcanzar la perfección, pero mi superior era imperfecto, exagerado, desagradable, guiado de móviles mezquinos, o parciales, contrarios a mi modo de ver». Dios nos contestará: «Los defectos del superior son cosa mía; de ellos debe responder solamente ante mí; pero para tu salvaguardia, yo habría suplido con mi sabiduría y bondad las faltas e imperfecciones de quien me representa; y lo hubiese hecho ampliamente, si creyendo en mi palabra, tú hubieras esperado en mi fidelidad».

Vivamos, pues, en obediencia: hagamos de ella nuestra comida, como el mismo Jesucristo: «Mi manjar es hacer la voluntad del Padre» (166). Pidamos al Señor una obediencia perfecta, que someta nuestro juicio, nuestra voluntad, nuestro corazón, todo nuestro ser a Dios y a su representante. Si perseveramos en pedirla, ciertamente que Jesucristo nos la otorgará. Unámonos a Él todas las mañanas en su obediencia, en el abandono que hizo de todo ser en el momento de la Encarnación. Como Él, repitamos al Padre: «Heme aquí, Dios mío, me entrego a ti, a tu beneplácito, para cumplir en todo, con tu Hijo amado, tu voluntad: «Siempre hago lo que le agrada» (167). Porque te amo, quiero rendirte el homenaje de mi sumisión absoluta a tu voluntad, en cualquier mandato que se me imponga. Diré en unión con tu Hijo Jesús: «Conviene que conozca el mundo que amo al Padre y que, según el mandato que me dió el Padre, así hago» (168). Esta voluntad acaso me ordene cosas desagradables a la naturaleza, a

(165) San Bernardo compara la obediencia a un escudo (moneda) que hemos de dar a Dios, pero que Él no recibirá sin comprobar que es legítimo y no falsificado. «Si discutimos, si obedecemos a unos preceptos y no a otros, el escudo de nuestra obediencia está roto. Cristo no lo aceptará, porque debemos pagarle en escudos, no falsos, ni defectuosos, sino íntegros y legales, ya que le prometimos obediencia simplemente y sin restricción alguna. Si, pues, obedecemos, pero lo hacemos por una especie de fingimiento, bajo la mirada del amo, murmurando en secreto, nuestro escudo es falso, tiene plomo, no es todo de plata, y pagamos con escudos de plomo. Tal es nuestra iniquidad. Cometeremos fraude, y esto a la vista de Dios; y de Dios no se mofa nadie.» *II Sermón para la fiesta de San Andrés*. § I. P. L., CLXXXIII, 509. Véase en la Regla, cap. LVIII: «Si alguna vez obrase de otro modo ha de ser condenado por Aquel de quien se mofa».

(166) Juan, IV, 34.

(167) *Ibid.*, VIII, 29.

(168) *Ibid.*, XIV, 31.

mis gustos; acaso contraría mis ideas personales, o sea dura a mi espíritu de independencia; pero yo quiero ofrecerte este sacrificio como testimonio de mi fe en tu palabra, de mi esperanza en tu poder y de mi amor a ti y a tu Hijo Jesús». Renovemos todos los días este ofrecimiento, y sobre todo cuando lo que nos manda el superior coincide con nuestro gusto. De lo contrario habría peligro de que la natural satisfacción que tenemos sustituyera a este espíritu de obediencia de que deben estar impregnadas todas las obras para ser gratas a Dios (169).

Obrando de esta manera, nuestra obediencia será santificada por el contacto con la de Jesús. Y ÉL, que desea infinitamente que «seamos uno con ÉL» (170), nos concederá el conseguir poco a poco la perfección, no solamente del voto, sino hasta la de la virtud. Y por este medio nos desprenderá totalmente de nosotros mismos para unirnos íntimamente con ÉL; y porque no tendremos otra voluntad que la suya, por ÉL estaremos unidos al Padre.

Entonces todo nos será fácil y llevadero, porque sacaremos nuestra fortaleza de Jesús, el cual, para comunicárnosla, la saca a su vez del seno del Padre. Conducidos por su amor, todo nos será indiferente: sin preferencia para nada, cumpliremos con la misma exactitud las cosas pequeñas y las grandes, pues todas vienen de Dios y a ÉL conducen.

Aumentaremos constantemente esta herencia eterna que hemos venido a buscar y que nada, si queremos, podrá arrebatararnos, porque la encontramos en el mismo Dios. «Señor bondadoso, enséñame, por esta misma bondad, a guardar tus preceptos, porque es para mí tu ley un bien más precioso que el oro y la plata» (171).

(169) Es el consejo que nos da san Gregorio: «Renuncia a la virtud de la obediencia el que desea las cosas prósperas y que se acomoda a sus deseos». *Morales*, lib. XXXV, c. 14. P. L., LXXXVI, 706.

(170) Juan, XVII, 21.

(171) Salmo CXVIII, 68, 72.

NOTA

(Véanse págs. 314 y 336)

Trae santa Teresa, acerca de la materia de la obediencia, unas palabras demasiado significativas para que las pasemos por alto en este lugar, como autoridad que resume otras muchas: «Sería recia cosa que nos estuviese claramente diciendo Dios que fuésemos a alguna cosa que le importa, y no quiésemos sino estarle mirando, porque estamos más a nuestro placer. ¡Donoso adelantamiento en el amor de Dios!, es atarle las manos, con parecer que no nos puede aprovechar sino por un camino.

Conozco algunas personas que he tratado (dejado, como he dicho, lo que yo he experimentado) que me han hecho entender esta verdad cuando yo estaba con pena grande de verme con poco tiempo, y así las había lástima de verlas siempre ocupadas en negocios y cosas muchas que les mandaba la obediencia; y pensaba yo en mí, y aun se lo decía, que no era posible entre tanta baraúnda crecer el espíritu, porque entonces no tenían mucho. ¡Oh, Señor, cuán diferentes son vuestros caminos de nuestras torpes imaginaciones! Y cómo de un alma que está ya determinada a amaros, y dejada en vuestras manos, no queréis otra cosa sino que obedezca, y se informe bien de lo que es más servicio vuestro, y eso desee. No ha menester ella buscar los caminos ni escogerlos, que ya su voluntad es vuestra. Vos, señor mío, tomáis ese cuidado de guiarla por donde más se aproveche. Y aunque el prelado no ande con este cuidado de aprovecharnos el alma, sino de que se hagan los negocios que le parece convienen a la comunidad, Vos, Dios mío, le tenéis, y vais disponiendo el alma y las cosas que se tratan, de manera que, sin entender cómo, nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento, que nos deja después espantadas.»

Y después de haber traído algunos ejemplos para ilustrar la materia, la gran santa nos anima con uno de sus apóstrofes, tan familiares en ella: «Pues, ¡ea!, hijas mías, no haya desconsuelo cuando la obediencia nos trajere empleadas en cosas exteriores; entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor; ayudándoos en lo interior y exterior».

Después, volviendo a su habitual gravedad, concluye con esta convicción que no podía venirle sino de un dictado de lo alto: «Yo creo que, como el demonio ve que no hay camino que más presto lleve a la suma perfección que el de la obe-

diencia, pone tantos disgustos y dificultades, debajo de color de bien. Y esto se note bien, y verán claro que digo verdad... Lo que pretendo dar a entender es la causa que la obediencia (a mi parecer) hace más presto, o es el mayor medio que hay para llegar a este tan dichoso estado [de perfección]. Es que como en ninguna manera somos señores de nuestra voluntad, para pura y limpiamente emplearla toda en Dios, hasta que la sujetamos a la razón, es la obediencia el verdadero camino para sujetarla. Porque esto no se hace con buenas razones; que nuestro natural y amor propio tiene tantas, que nunca llegaríamos allá. Y muchas veces, lo que es mayor razón (si no lo hemos gana), nos hace parecer disparate, con la gana que tenemos de hacerlo». *Las fundaciones*, c. v, 5, 6; 8, 10 y 11. Recomendamos la lectura de todo el capítulo.